

botjer basch

Teodor Storm

Desde principios del siglo XVII ha habido una pequeña casa en Süderstraße en mi ciudad natal, frente al callejón que conduce al cementerio de St. Jürgen y a lo largo del monasterio hasta Norderstraße encontró: un hombre en un pequeño barco, a quien la muerte había nadado a través de olas altas y ya estaba tirando al hombre hacia el mar; debajo estaba escrito: "Up Land un See". Se decía que un cantero había construido la casa e hizo este epitafio en memoria de su padre, que había navegado entre islas como barquero y muerto en una tormenta.

En la tercera década de nuestro siglo, después de la muerte del antiguo propietario actual, se veía a un hombre fornido, todos los días con delantal, los domingos con una falda larga de tela azul y botas altas, detenerse frente a él y poco a poco pasar por debajo de la pequeña tilo, cuya copa recortada, larga y estrecha, se extendía entre el cuadro y la ventana del hastial. Un día, después de que sus ojos azul claro se hubieran fijado una vez más en la imagen de piedra, agarró el pomo de la puerta para entrar en la casa: pero estaba cerrada; A través de los postes de la ventana de la puerta, vio un pasillo largo y estrecho y, a través de una entrada abierta al final del mismo, a una habitación amplia y vacía en la que el sol del mediodía brillaba desde el lado del patio. El hombre se alejó lentamente y caminó por Süderstrasse hasta la plaza del mercado, donde subió los escalones de piedra hasta el ayuntamiento.

Este hombrecito era el Böttcher o en bajo alemán el Bötjer Daniel Basch, de naturaleza melancólica, pero no mal maestro artesano. Cuatro semanas más tarde había comprado la vieja casa por orden judicial y se mudó a ella con un anciano oficial y una hermana aún mayor; pronto colgaban cortinas de vivos colores frente a la ventana de la habitación de abajo, y entre los geranios y las macetas de mignonette que había en el alféizar de la ventana, el rostro bondadoso de la solterona Salomé miraba calle abajo cuando en los días de mercado todos los carros pasaban. de los pueblos a la ciudad conducir en pero en el Pesel, como se dice en las casas antiguas, el atrio de atrás era el taller del tonelero, y fuera del patio sonaba día tras día: "¡Banda, aguanta, aguanta!" y las baquetas tintineaban y el vacío sonaron los barriles.

Así que la hermana mayor pudo haber estado descansando en su habitación en el piso de arriba durante unos cinco años y cultivando sus retoños para la ventana de flores inferior en la ventana del hastial cuando le dijo a su hermano un día: "Daniel, solo tienes cincuenta años; Pero yo, tus mayores, pronto tendré setenta años; Ya no puedo cargar con los pesados cubos de agua y ya no soporto pelar papas".

Daniel Basch, que estaba de pie frente a ella con su delantal, se quedó desconcertado. 'Hm', dijo, '¿qué quieres decir? una criada? ¡Es verdad, te verás un poco tambaleante!« Y miró con preocupación el rostro bueno y arrugado; Al mismo tiempo, sin embargo, comenzó a calcular en silencio si el negocio podría arruinar el hecho de llevar a una joven

servienta ala casa con la anciana.

'No, Daniel', dijo la hermana con una sonrisa, 'solo haz cuentas: la vieja Frauke Michels ha muerto en St. Jürgen, su habitación está vacía, y los caballeros me acogerán si me place; somos niños maestros de la ciudad aquí.«

Daniel asintió; el monasterio sólo estaba separado de su casa por un corto callejón, la comida allí era buena, mejor que en las casas ordinarias de la ciudad. Apretó la mano de su vieja Salomé. "¡Detente, hermana!", gritó. '¡No hables más! ¡No hables más! debo dar un paseo'; un rayo de increíble esperanza de felicidad voló a través de sus pálidos ojos azules. la barba había permanecido tres días; asintió de nuevo, el Maestro Daniel sabía lo que quería.

Ahora su hermana lo ayudó a ponerse la larga casaca azul; ya se había puesto las botas; Sólo tenía a mano el alto sombrero de seda y el bastón de bambú, luego caminó primero en diagonal hacia el maestro Bartscher y, cuando pronto salió bien afeitado, con pasos algo más lentos a través de Kramerstrasse hasta el puente de mando y allí a la casa del anciano. capitán de puerto Peters, con su hermano más joven había asistido una vez, como era costumbre, el primer año de la escuela académica. Cuando entró en la habitación el sol de la tarde brillaba, y el canario, que estaba parado bajo las flores junto a la ventana, estaba cantando con todas sus fuerzas. Tres doncellas con sus cosas de coser se levantaron de las sillas; estas eran las hijas del capitán del puerto: Mía, Stine y Line, de cuarenta, treinta y nueve y treinta y siete; todas eran buenas chicas, pero la línea morena era la mejor: gentil, económica y de buen sentido común, un poco traviesa al mismo tiempo. Y el Maestro Daniel la miró, y la castaña sonrió bastante bonita; "Mamsell Linchen", dijo Daniel, "¿puedo hablar con tu padre?" Y Linchen se sonrojó y salió corriendo a ver a su padre.

Una hora después, en la casa del tonelero, el jornalero había preguntado dos veces a la sirvienta Salomé por el amo, quien entró por la puerta principal justo cuando la sirvienta Salomé salía de la cocina al pasillo. Él le hizo señas en silencio a la sala de estar con un dedo torcido. Cuando estuvieron allí, el pequeño maestro se quitó el sombrero de copa de la cabeza.

"Entonces", dijo, "hermana, solo habla, solo sigue hablando".

Pero la hermana lo miró asombrada. "¿Qué pasa, Daniel?", preguntó; »Tu cabello es una gota de sudor y, sin embargo, es un clima frío de noviembre; y tus ojos por que estas tan feliz? ¿Hemos ganado la lotería?

-Sí, Salomé, algo por el estilo; ¡O tal vez lo gane más tarde, porque creo que Line

Peters es una apuesta segura!

"¿Qué pasa con Line Peters, Daniel?"

"Llama primero al oficial", dijo Daniel.

Y cuando vino el compañero, se reveló en la familia, el Maestro Daniel y Line Peters querían ser matrimonio; y los dos hermanos mayores se abrazaron y lloraron de alegría por el joven novio. «¡Y ahora sigue, Salomé!», dijo este último.

—No tengo nada más que decir, Daniel —dijo la anciana riendo; »Quiero ir al corral; ¡Siéntate ahora y escíbeme la petición a los superiores! ¡Estás bien aconsejado!" Y aún no era Navidad cuando la hermana mayor estaba sentada en el salón de Frauke Michels. Stube en St. Jürgen y Line Peters como Frau Meisterin detrás de las macetas en la casa del tonelero. Pero lo primero que hizo el Maestro Daniel cuando era un joven esposo en su luna de miel fue que, con un balde lleno de mortero y una paleta en la mano, subió una escalera hasta la efígie sobre la puerta principal y suavemente colocó una superficie lisa de mortero sobre ella. . '¡Eso ya no cabe!', se dijo a sí mismo; '¡No, ya no cabe!', y con eso le dio los últimos toques. Luego bajó de su escalera; y después de ocho días, cuando estuvo bien seco, el oficial tuvo que ir a buscar al viejo pintor Hermes, que hizo los hermosos claveles y nomeolvides para los libros de familia; ahora subió la escalera y pintó la rosa provinciana roja más hermosa con dos hojas verdes en la superficie gris. "Bonito", dijo el maestro Daniel, de pie contemplativamente con su delantal de piel junto a la escalera; "¡Ahora añádele un capullo pequeño, pero no demasiado grande!" Y cuando terminó, entró trotando en la casa y fue a buscar a su hermosa esposa. "¡Ahora mira!", dijo, señalando la nueva obra de arte, "¿y sabes el nombre de la rosa?" La joven no lo sabía; Luego dijo: "¡La rosa se llama Line Basch!" "¡Oh, qué!", gritó y volvió corriendo a la casa, toda roja, y el Maestro Daniel estaba feliz y corrió tras ella.

Y no pasó mucho tiempo antes de que el maestro Daniel ya tuviera el capullo bajo su techo además de la rosa, y ese era un niño pequeño que se fue haciendo más grande y del cual poco a poco surgió un niño muy diabólico. Todavía no había celebrado su sexto cumpleaños cuando Fritz Basch ya era muy conocido en la calle; por mucho que su madre quisiera criarlo en alto alemán, él prefería hablar bajo alemán, especialmente con los animales, todos los cuales sabía cantar en sus hermosos versos antiguos.

Si encontraba uno de esos hermosos y coloridos caracoles de jardín en el verano, lo miraba con sus grandes ojos marrones y cantaba:

Tinkeltut,

ven aquí

¡Saca tus Fi-fat-Hörens!

Pero cuando el caracol estiró sus delicadas antenas hacia él, él las golpeó con su dedo meñique y gritó: "No seas tonto, estúpido; ¡Quédate con Huus!« y arrojó al animal contra la cerca. Si una mariposa de azufre amarillo o incluso una mariposa de pavo real voló por el jardín, entonces voló detrás de él:

Sommervagel nos vemos!

Nose un Ohren mojado di!

Y cuanto más tiempo tenía que correr detrás de la mariposa, más fuerte y furioso se volvía su canto; si gritabademasiado a su pájaro de verano, entonces su madre probablemente también volaría hacia el jardín: "Fritze, por el amor de Dios, ¿qué pasa?" Luego dejó caer los brazos y la miró medio tímidamente, medio maliciosamente. : ¡Dumbbeard no quería sentarse ni una sola vez!', y al mismo tiempo señalaba a la mariposa, que estaba revoloteando hacia el jardín vecino. Riendo, la madre puso su mano en el cabello castaño de su hijo y lo besó; Luego corrió con él hasta la valla de sauces del jardín y cortó un par de ramitas frescas con el cuchillo de cocina que tenía en la mano cuando salió corriendo: "¡Ahí tienes otro juguete! ¡Ahora hazte un violín!" Ella limpió y le hizo muescas a su pequeño palito de sauce, y ahora Fritz se sentó felizmente de nuevo en el banco bajo el gran peral, lo golpeó audazmente con el mango de un cuchillo para poder sacar el palito blanco. de la corteza, y

cantó:

¡Fabián, Sebastián!

¡Deje que el jugo de Holt se arraigue a fondo!

y esto hasta terminar la flauta.

Pero él mismo también escribía versos: un domingo por la tarde, la solterona Basch salió de su pluma para tomar un café, y en su cabeza gris estaba colocada una gorra blanca reluciente con cintas de tafetán rosa. Atrajo tanto la atención del chico que se quedó mirando el capó. "¡Saluda a la tía Salomé!", lo amonestó Frau Line. -¡Hola, tía!- dijo, siempre mirando sólo la gorra blanca con las cintas rojas; incluso cuando después se sentó en un taburete en la esquina mientras su padre y su madre se divertían con su hermana en la mesa de café. Pero pronto empezó a murmurar, y sus ojos alegres se reían como de una broma. "¿Wat hett de Jung?", dijo la anciana, a quien también le gustaba hablar bajo alemán.

"¿Qué te pasa, muchacho?" tradujo la Sra. Line, volviéndose hacia él.

"Dörf, no segg'n", respondió Fritz.

"¿Por qué no, hijo mío?", dijo la tía, "te doy un carajo".

Entonces el niño miró a la anciana con picardía y dijo:

¡Ros en la nieve! ¡Ros en la nieve!

¡Esa es la tía Salomé!

"¡Mira eso!" exclamó el Maestro Daniel, "¡ahora lo tienes!"

Pero la buena anciana, medio enfadada, señaló con el dedo al muchacho.
"Es un guaunäskloken Slüngel, jüm Fritz!", dijo entonces y hundió la nariz en la taza de café.

-¡Hm! -dijo el Maestro Daniel y metió la mano en su tirador de pelo ya canoso. Pero cuando Fritz corrió hacia sus camaradas en la calle, volvió a mirar hacia arriba. "¡Línea! él dijo.

"¿Qué pasa, Daniel?"

"Preciso, como yo", respondió Daniel, sacudiendo la cabeza y riendo cómodamente.

"¿Qué es tan preciso como tú?", preguntó la Sra. Line.

"¿Qué? ¡Eso con el chico! Una vez, cuando yo tenía su edad, estaba sentado en el taburete así, sigue siendo el mismo, cuando una vieja gorda de Ostfeld entró en la habitación de mi padre, y como era la mujer del granjero, dijo: 'Joven, levántate y di cosas lindas ¡Hola!' Pero su uniforme estatal rojo, amarillo y azul y el trapo blanco en su cabeza, tenía mucho que mirar y no podía estar de acuerdo conmigo mismo si ella no podría ser turca hasta que Finalmente, antes de que pudiera decir otra palabra, recibí una bofetada escandalosa de mi temperamental padre".

La tía Salomé asintió, conocía la historia; La Sra. Line Basch se rió: "Quise decir ¡Tú también habrías hecho versos, Daniel!

El anciano negó con la cabeza: 'No, Linchen, eso es todo, me dan una bofetada en la mejilla y me caigo del taburete; Fritz hace su verso y sale corriendo por la puerta".

Daniel miró a su esposa con bastante amabilidad. dijo con picardía. Y la Sra. Line asintió.

La buena suerte bastó en la casa del maestro Daniel; pero quién, habiendo vivido su

tiempo, sabríano es que, como la vida, la felicidad camine con alas ligeras.

Era cerca de la primavera, y los arbustos de grosella espinosa estaban reverdeciendo en el jardín, y las

cigüeñas volvían del sur nuevamente después del largo invierno, para mudarse a sus viejos nidos en las chimeneas de la ciudad, o para construir uno nuevo aquí y allá. Fritz estaba de rodillas frente a su jardín y

estaba poniendo sus primulas y violetas en un lugar nuevo por tercera vez cuando una sombra voló sobre él.

y mirando hacia arriba vio una gran cigüeña volar al techo de su padre y posarse allí con sus largas piernas. "¡Hola!", llamó:

Adebare Esther,

¡Tráeme una dulce hermana!

Y la cigüeña echó la cabeza hacia atrás y salió ruidosamente al brillante aire primaveral; el largopico rojo brillaba al sol.

Entonces Fritz arrojó la pequeña pala y alegremente aplaudió y gritó:

Adebar, blanco y negro,

¡Tráeme un pretzel!

La realización estaba más cerca de lo que pensaba; pero Adebar llegó volando con un pañal negro en lugar de un pañal, y pronto hubo una plétora de donas en la casa, pero eran donas muertas, y Fritz se sentó en los escalones del ático y se las comió con lágrimas en la garganta. Allí estaba la hermanita, una cosita roja que Fritz sólo se atrevía a mirar de lejos; La madre se veía tan pálida que le dio la mano desde la cama y le preguntó: "¿Te gusta, Fritz?" Pero Fritz negó con la cabeza en silencio, luego salió corriendo de la habitación pequeña y ansiosa hacia el aire fresco de mayo.

Tres días después estaba junto a su padre junto a un ataúd; en él yacía su pálida madre, la buena y traviesa señora Line; ella no se movía en absoluto, y sus ojos estaban completamente cerrados; en su brazo izquierdo yacía un niño muy pequeño, también pálido como la muerte. El niño se quedó allí conteniendo la respiración, como si se enfrentara a un milagro extraño y horrible; acababa de cumplir seis años.

La tía Salomé, que estaba de pie con ellos, estrechó la mano de su hermano. "Sí, Daniel", dijo, "¡el niño ha recibido un nombre por su nombre!"

Daniel asintió en silencio y miró a su muerto como si no pudiera pensar. pero el cerebro del muchacho fue perturbado por la palabra de la anciana. "¿Apodos, padre?", preguntó en voz baja. "¿Por qué? ¿Por qué?"

El Maestro Daniel miró a su muchacho, quien lo miró con ojos expectantes.
"¡Solo Dios lo sabe!", dijo, y sus labios temblaron, "quizás. . . la pobrecita, probablemente no podría haber entrado en la amplia y oscura eternidad por sí sola". Entonces

de repente levantó al niño en su brazo y puso su otra mano sobre la frente fría de la mujer muerta: "¡Fritz se nunca vuelve, no lo olvides!"

A la noche siguiente, madre e hijo fueron enterrados; La tía Salomé se quedó unos días hasta que aceptaron a una señora que venía algunas horas al día a hacer las tareas de la casa. El anciano, que en su juventud había sido cocinero de barco, cocinaba lo poco que necesitaban, y la tía Salomé volvió a su corral.

Así prosiguió provisionalmente la pequeña casa, pero no tan alegre como antes; faltaba la música de la voz animada de la Sra. Line. Cuando Fritz estaba sentado en su portapapeles de la escuela y su trabajador se había ido a las nueve de la mañana, el largo edificio del frente parecía desierto; nada se movía en él, especialmente cuando el trabajo se detenía a la hora del desayuno en el Pesel y en el patio y el maestro y el oficial se sentaban en silencio uno frente al otro en el banco de talla o en los pequeños barriles y comían su trozo de pan. Era como si ambos estuvieran escuchando el silencio que reinaba frente a la casa muerta. Si un trozo de cal caía de las paredes con un leve ruido al suelo, entonces por un momento volaba como una luz sobre la cara del maestro; le pareció que el ligero paso de su línea le había llamado la atención; pero pronto lo limpió de nuevo con su mano dura. Una vez, el gato del vecino se había colado en la cocina en penumbra, que estaba ocupada por un pasillo estrecho; por mucho que se deslizara a escondidas, de allí llegaba un ruido al taller; las tenazas de fuego se habían caído de la estufa. El señorito Daniel dejó reposar el mazo: ¡cuántas veces no se le había escapado de la mano veloz de la señora Línea! ¡Cuántas veces la había vuelto a levantar en broma, incluso si había tenido que salir corriendo del taller! Incluso ahora corrió a la cocina, era como un espíritu santo para él.

Pero cuando el gato saltó junto a él en la puerta abierta y él volvió a colocar las tenazas en su lugar, se sentó en la silla vacía de la cocina y se quedó mirando ahora la estufa, ahora el armario de la cocina, entre los que una vez se ocuparon y había avanzado; pero todos permanecieron en silencio; sólo un par de gorriones, persiguiéndose afuera, se deslizaron por los pequeños cristales de la ventana y luego siguieron volando, chillando.

Cuando el Maestro Daniel no estaba de vuelta en el taller en media hora, se fue el jornalero entró en la cocina y le puso la mano suavemente en el hombro: "¡Maestro!"

"Sí, sí, Marten." Entonces entraron juntos en el taller, y el Maestro Daniel recogió sus herramientas de nuevo y se puso a trabajar en silencio.

Sólo cuando sonó el timbre de la puerta de la calle pasadas las once y Fritz, saliendo de la escuela, cayó por el estrecho pasillo hacia el Pesel, la casa y el viejo maestro volvieron a

la vida. El oficial entonces se paró en el hogar para preparar la comida ligera; Pero padre e hijo fueron al jardín y a las camas de Fritz. Si aquí y allá se abría un capullo en una flor, lo desenterraría sin piedad y al final del día iría al cementerio con su padre y lo plantaría en la tumba de mamá.

"¿No lo ve, padre?", preguntó entonces. El anciano asintió: "Eso esperamos, mi querido niño".

Pero el mundo estaba tan lleno de otras cosas, y muchas de ellas eran tan agradables: perros y gatos, mermelada y avellanas, ciruelas y cerezas; el niño no podía seguir pensando en su madre muerta. Una vez, al anochecer, mientras estaba sentado con su padre bajo el peral del jardín, después de un rato sin hablarse, dijo: "¡Padre!"

"¿Qué piensas, Fritz?"

"Creo", dijo en voz baja, porque era el fruto de su largo pensamiento, "yo ¡Piensa que es bueno que mamá se haya ido al cielo con su hermana!"

"¿Qué quieres decir, Fritz?", Preguntó el maestro Daniel.

'Sí, padre, ella era tan terriblemente pequeña; ¡Habría tenido miedo del buen Dios!'

»No, niño, nadie teme a Dios, sólo los malvados. Yo, Fritz, creo que sería mejor si nos los hubiéramos quedado, ¡entonces también sabrías lo suaves que son las manos de mamá!

Pero Fritz saltó del banco y se paró frente a su padre con los puños cerrados. 'Sí, padre', exclamó, 'probablemente sería mejor; pero ya no necesito una madre, soy un niño'.

Y el Maestro Daniel miró un poco ansioso a su niño, que quería valerse por sí mismo atan temprana edad.

Poco a poco había pasado el tiempo, y Fritz pronto había llegado a su decimotercer año. Era un muchacho de complexión moderada, vestía una falda corta de tela azul, pantalones Manchester y una gorra plana grande y redonda, como era la moda entre los niños en ese momento, e iba por la mañana y por la tarde, como lo hacía su padre. grado más bajo con un paquete de libros de la escuela escolar. En geografía y aritmética pronto fue el maestro; también podría aprender mucho en las otras materias, eso si quisiera; pero no siempre le gustó, y en latín no quería tener nada que ver con mensa y amo. "¿Para qué necesito el latín?", dijo. "Cuando me confirmen, iré al taller de mi padre y la tonelería también será en alemán, ¡preferiblemente en bajo alemán!"

Pero no era sólo eso: al igual que sus compañeros, tenía un desprecio juvenil por el viejo colaborador, a quien en toda la ciudad se consideraba "una casa muy ilustrada"; pero este hermoso conocimiento pasó por encima de las cabezas de los niños estúpidos, y en las cosas de la vida fresca, en las que eran maestros, siguió siendo un niño toda su vida.

Cuando llegaba por la mañana, cuando los niños habían gateado y saltado en sus asientos con toda clase de payasadas, el señor algo enojado estiraba su descarnado cuello

y, con el libro en una mano, imitaba sus saltos con la otra y su calva. cabeza. "¡Oh, muchachos", dijo entonces, "sois tan alegres como los pájaros de la horca! ¿A quién estás tratando de arrancar hoy?

"¡El verdugo te atrapará!", murmuró Fritz desde lo alto de su asiento, y: "Él te atrapará".
¡Verdugo! ¡Te jodí!", corrió por el banco de inmediato.

“¿Qué se permiten decir?” preguntó el anciano algo sordo.

Y todos gritaban: "¡Le deseamos buenos días, Sr. Colaborador!"

'Bueno', respondió, 'si tu felicidad proviene de una buena conciencia, entonces Dime, Fritz Basch, ¿cuál es el gerundio de pulso, vencí?

Pero aunque Fritz pronto rompió con el latín, en todo lo demás era el baas entre sus camaradas. Si se necesitaba un poco de dinero para una broma o una broma, les indicaba a sus confidentes que entraran en la habitación oscura que se encontraba entre su clase, que estaba ocupada en el piso de arriba, y el techo. "¿Tienes dinero?", le preguntó una tarde; "Necesitamos siete chelines; ¡Tengo dos!"

"Nah", dijo Hans Reimers, el gordo hijo del carnicero que nunca quiso gastar nada, "No tengo nada, estoy pensando en un dólar de mar primero".

"¿Por quién hace hest de köft?"

"Aquí, de Klaus Schohster".

"¡Bien! Klaus, ¿de dónde más es?

"¡Dree Schilling!", dijo Klaus un poco incómodo mientras recogía el dinero de su bolsillo.

"¡Son cinco!", exclamó Fritz, "¿quién tiene el resto?" Pero vinieron cuatro manos de niños y le dieron un sextillizo a cada uno, y así fue como empezaron las cosas. Fritz era su confidente; sabían que por los sextillizos o los chelines que le daban seguramente podían esperar su diversión o sus bromas pesadas.

Esta colección de chelines fue solo el preludio de una broma infantil contra el colaborador; se usaron pequeñas campanas y se disparó un pequeño cañón. Todo había ido muy bien, pero esta alegría le había dado al anciano una fiebre biliosa; Se suspendieron las lecciones de latín y Fritz y sus cómplices fueron detenidos todas las tardes durante una semana; el asunto fue discutido en toda la ciudad.

"Fritz", dijo el maestro Daniel a su amado y admirado hijo, "cómo
¡Cómo podrías tratar con el hombre erudito de quien puedes aprender tanto!«

Pero Fritz se rió con superioridad y sacudió lentamente la cabeza: "¿Aprender, padre? No, no
estudies".

"¿Qué, Fritz? ¿No estás aprendiendo? ¿Por qué no?"

"Sí, padre", y el niño metió ambas manos en los bolsillos de su pantalón. es estúpido!« , 'porque de lo contrario está cerrado

El maestro le tapó la boca a Fritz con la mano: «¡Vaya, que no oigan eso los vecinos!», porque caminaban juntos por la valla del jardín, y al lado el sastre amontonaba sus patatas.

Fritz saltó a un lado. "Padre", gritó, "¡toma avena verde y una planta de trigo sarraceno y muéstralas al colaborador! Apuesto mis tres conejos a que te dice: ¡Esta es la semilla de nabo, y la papa útil probablemente crecerá en esa!

"¡Pero Fritz, eso es terrible!", dijo el maestro Daniel, empujando su gorra azul puntiaguda de una oreja a la otra, "y por eso quieres al pobre conejo de la vida, te dice: Esta es la semilla de nabo, y en trigo sarraceno ?
¡Esa es sabiduría campesina!"

Fritz se sorprendió: "¿Quitarle la vida, padre?"

"Sí Sí; No tiene que ser lo mejor, porque ayer trajeron al segundo médico a su lado. ¡Imagina que su pobre esposa y su pequeña Magdalena, de las que tanto me hablaste, ahora pierden a su padre por tu estúpida broma! Fritz, al menos tuviste una madre una vez. . .' Pero entonces la voz del viejo Daniel se quebró. Y tu anciano padre. . ', comenzó de nuevo. "¡Piénsalo, Fritz!" Y con eso trotó de regreso a la casa. Fritz se quedó solo en el jardín.

Cuando, después de media hora, el oficial caminaba por el camino principal, todavía corría de un lado a otro, recogiendo pequeñas piedras y arrojándolas una tras otra por el aire para que se precipitaran furiosamente.

"¡Hola, Fritz!" llamó Marten. "¿Con quién estás tan enojado?"

"¡Arriba yo y el mundo!" gruñó Fritz y lanzó otra piedra al aire.

“¡Smiet man afil Lüd dot!” dijo el jornalero y siguió su camino.

Pero antes de la cena tenía que ir a la ciudad porque Fritz no estaba por ningún lado. Finalmente, en el puerto vio a un niño sentado en el arpón en el mástil de una goleta. "¿Somos nosotros, Fritz?", le preguntó al capitán, que estaba parado en la borda; porque Fritz era buen amigo de todos los barqueros y casi podía ser un marinero corriente.

El capitán asintió: »Sí frili; se pateó por todas partes y medio Stunn en 't Abendrot!«

Pero ahora Fritz tenía que bajar y con Marten a la mesa de la cena, de la que ciertamente Apenas comí una papa hervida y una cola de arenque.

"¡Lat em!" susurró el maestro suavemente a su compañero. "¡Oye, piensa enfermo!"

Fritz fue a la escuela igual de silencioso a la mañana siguiente. Pasó la mañana; ya era la hora de la cena y él aún no había regresado; El amo y el oficial ya estaban sentados comiendo cuando primero la puerta principal y luego la puerta de la habitación se abrieron de golpe y Fritz irrumpió. "¡Padre!", exclamó, con los ojos brillantes de felicidad y alegría. "¡Padre, se siente mucho mejor hoy! ¡Y ahora él también debería pasar un buen rato con nosotros!«

"¿A quien? ¿Quién?", exclamó el maestro Daniel. "¿El colaborador?"

Y Fritz asintió con aire importante: 'Confía en ello, padre; ¡Hemos hecho una conspiración!

Daniel Basch dejó la cuchara y atrajo a su hijo a sus brazos con fuerza: "¡Min Fritz, min Sön! ¡Madre, buen chico!«

Pero Fritz se soltó, salió corriendo al pasillo y volvió a entrar en la habitación con una bonitajaula de pájaros, en la que un pájaro de pecho rojo con una gorra negra estaba posado en la percha. -Mire, padre -gritó levantando al granjero-, me lo dio Julio el alcalde; él silba "b siempre fidelidad y honestidad", pero solo la primera mitad, y por eso Julius le dijo a su madre que no podía soportar más la mitad de la honestidad en su cabeza.

"Dime, Fritz", dijo el tipo, "¿cómo es esto realmente?"

"Eso es un camachuelo", respondió Fritz con orgullo, "le costó al alcalde cinco táleros".

Daniel miró ahora a su niño, ahora al pájaro, con ojos felices. "Fritz", dijo, "los conseguiremos como recuerdo de tu padre".

Así que todo volvió a estar bien; pero pronto algo extraño sucedió en la escuela. El viejo colaborador, cuando volvió a dar sus lecciones e incluso Fritz Basch se convirtió en un héroe en latín, aparentemente ya no podía prescindir de las habituales burlas entretenidas de los jóvenes; le faltaba algo que formaba parte de su vida; ahora empezó a burlarse de sí mismo y se puso pálido y miserable ante esta paz que, a pesar de todo, como había jurado, no se rompería mientras Fritz gobernara la clase.

Pero el camachuelo no silbaba; colgaba en el piso de arriba, en la habitación abuhardillada en la que Fritz había dormido y trabajado desde que era un erudito; cuando hacía demasiado calor en medio del día porque era pleno verano, probablemente colgaba el Bauer afuera, junto a la ventana, donde la estrecha sombra del tilo lo cubría. Pero aquí también el pájaro no quería comenzar su canto, sino que solo de vez en cuando crujía con un gorjeo poco melódico. "Nopuedes hacer nada", dijo el oficial, "¡tienes algo que hacer, Fritz!"

"¡Paciencia, Marten!", Gritó Fritz, "¡En Bötjerhuus tiene que ser un pájaro tan noble primero!"

Y bien, cuando después de unos días Fritz llegó a casa de la escuela y, como siempre, subiendo las escaleras en silencio y escuchando, de repente tuvo que detenerse.

"¡Siempre practica la lealtad y la honestidad!"

¡Sinceramente! ese era el pájaro, estaba silbando. Y una vez más: "¡Practica siempre la lealtad y la honestidad!"

La melodía era bastante precisa, y Fritz cantó suavemente la letra; pero el pájaro no avanzó más. Fritz permaneció inmóvil durante mucho tiempo; pero cuando empezó por tercera vez, corrió al taller a buscar a su padre, y ambos se pararon detrás de la puerta de la cámara, y el alegre camachuelo les silbó su pieza tres veces seguidas, y como no podía hacer más, se lo pitó también por cuarta y quinta vez. Como ni los viejos ni los jóvenes habían oído nunca nada parecido, les encantó como si fuera un hermoso milagro.

Finalmente llegó el oficial y se quedó muy quieto con la oreja apoyada en la puerta. "¡Fritz!", susurró, "¡qué bastardo! ¡Hev min Lävdrag, no oigas un pájaro así!» Pero cuando Fritz empujó la puerta de la cámara

silenciosamente mientras el camachuelo volvía a levantarse, el animalito se soltó bruscamente. "¡Fiu!", agregó, luego afiló su pico negro y se agachó.

Sus oyentes permanecieron llenos de asombro. "Fritz", dijo el maestro Daniel con un suspiro, apretando la mano de su hijo con vehemencia, "¡si tan solo tu madre hubiera animado eso!"

El tiempo avanzó; Poco a poco la presencia de los compañeros de casa incomodaba cada vez menos al pájaro, y ellos también se fueron acostumbrando a su truco; pero Fritz siguió siendo su fiel asistente; en invierno, porque no había estufa en el altillo, colgaba en la ventana de la sala de estar de abajo, arriba de la silla donde la tía Salomé y más tarde, muy brevemente, la buena señora Line tenían su lugar, y muchos niños que querían Pase y se quedó de pie y escuchó al pájaro maravilloso.

Así pasaron algunos años; Fritz era ahora un tipo fornido con ojos seguros y audaces, y había sido aprendiz durante mucho tiempo en el taller de su padre.

El hacha de dirección y el mayal estaban siempre a mano; a veces trabajaba un poco demasiado rápido y vigorosamente, y cuando la tía Salomé entró en el taller una mañana, lo que debido a la vejez cada vez mayor solo ocurría una o dos veces en el verano, dijo: "Estás haciendo un escándalo por eso". ¡Fritz! ¿Está bien el trabajo entonces?

"¡Arreglado o nada, tía!", gritó el niño, golpeando las correas para que estuvieran en los fragmentos se separaron.

"¡Dios, ten piedad de nosotros!", exclamó la anciana, "¡tienes una fresa delgada y vacía, Daniel!"

Pero el Maestro Daniel se reía, conocía a su Fritz; de alguna manera y donde el fuego del niño tenía que ventilarse, y no dependía de un tonel; porque sabía que Fritz era un hombre temerario; el peligro era para él lo que las bayas de serbal eran para el Krammetsvogel, y cuanto más fuerte se volvía, más. Sólo se había hecho amigo del sacristán, que también era el campanero, porque las tres grandes campanas de la torre de la iglesia despertaron misteriosamente su curiosidad. Si había que tocar un cadáver noble con los tres para enterrarlo, seguramente ya estaba en el tercer piso de la torre, y cuando sonó el primer sonido de la campana, trepó por los travesaños de la viga ascendente, que desde allí en lugar de de una escalera la campana mas grande

y mientras ella sollozaba y se balanceaba cerca de él, él se aferraba a su balcón, tratando de atrapar su proclamación bautismal con los ojos y cantándola en voz alta con una melodía salvaje en la tríada resonante: ¡Sum regina Poli, virgo Maria, tonantis!, hasta que por fin casi se tambaleó de regreso al suelo.

Si había una tormenta en el cielo y luego un bote volaba a través del agua espumosa desde el arroyo del puerto hacia el mar de Wadden, ciertamente no había nadie en él excepto Fritz Basch y solo; sólo había que preguntar a uno de los barqueros del puerto.

"¡Quién aners!", fue la respuesta. »Tu bribón violento, si pregunta por el barco, así
que
él 'ck todos los nudos sueltos; ¡la respuesta es que quiere
resolver el problema!«

Cuando llegó a casa empapado y con el pelo enredado, el maestro debió mirarlo con ansiedad. "¡Fritz, Fritz!", dijo una vez, "¡si no volvieras de un viaje así!"

Pero Fritz tomó alegremente su mazo y un barril y sin más preámbulos comenzó su trabajo interrumpido de nuevo.

"Padre", dijo inocentemente; »Voy a terminar el trabajo una hora tarde hoy; pero deberías haber visto la joven foca con la que estaba corriendo; ¡ese fue solo nuestro clima hoy!«

"¡Sí, sí, Fritz!", dijo el anciano. "¡Una foca, pero tú no lo eres!"

El niño dejó que su mano colgara con el mazo y entró en su querido bajo alemán. cayendo, dijo con orgullo: "Bueno, ¡qué foca nadó, que me nadó bien!"

El viejo maestro Daniel sacudió la cabeza con un suspiro, y el golpe de los barriles resonó nuevamente en el taller.

Después de que habían pasado tres años desde la confirmación de Fritz, la casa del Maestro Daniel se había vuelto muy silenciosa; porque Fritz trabajaba ahora como oficial en una gran tonelería en Hamburgo; sólo una vez al mes enviaba una carta. El maestro Daniel y su Marten ahora podían hacer el trabajo en casa solos, porque en la ciudad se había abierto una cervecería grande y moderna con su propio tonelero, y la principal clientela de Daniel, la antigua cervecería Petersensche frente a él, solo vendía los productos tradicionales. - y entregaba cerveza clara para la ciudad y sus

alrededores, como resultado había perdido una gran parte de sus ventas. Tía Salomé tampoco salió de su corral;

se había vuelto demasiado débil para ello. El maestro Daniel a menudo se paraba pensativo bajo el tilo frente a la puerta de su casa y miraba hacia la pieza de la puerta, que ya había sido arrastrada por el viento y el clima; Sacudió la cabeza con tristeza: su rosa hacía mucho tiempo que estaba en la tumba, y el capullo había venido al mundo como un gran bribón bien fortificado.

"¡Ya no me queda!", se dijo en voz baja y volvió al taller. A veces también corría hacia el jardín, como si allí pudiera encontrar nueva vida; pero cuando llegó a los macizos de flores de su hijo, que ahora estaban completamente cubiertos de malas hierbas, se paró

de largo, sacó un puñado de ortigas un par de veces y luego vio que la cama de flores no volvíadespués de todo.

Pero iba a volverse aún más silencioso a su alrededor. Una gran mortandad, el tifus, como decían los médicos, cayó sobre la ciudad. Los primeros en ser conducidos al atrio de la iglesia fueron el colaborador y su bastante joven esposa; Sus dos hijos, la pequeña Magdalena y su hermano un poco mayor, un niño bizco y traicionero, acudieron a su abuela, una anciana viuda paralítica del pastor, cuyas historias de montañas de cristal y príncipes malditos agradaban a Lenchen más que las antiguas reglas de vida. de su padre enojado. Desafortunadamente para Master Daniels, su antiguo cervecero Petersen murió inmediatamente después y la viuda perdió el coraje para continuar con el negocio. Así que el trabajo y las ganancias se redujeron aún más, y el viejo Marten, ante la insistencia de su amo, tuvo que conseguir un trabajo en la nueva cervecería, donde el tonelero necesitaba un oficial.

Daniel acababa de escribirle todo esto a su hijo, luego caminó por las habitaciones vacías de su estrecha casa, puso duelas y palos contra las paredes del taller y finalmente se paró frente a una ventana en la sala de estar, mirando el brillante febrero. día con pensamientos confusos. Sus ojos no vieron nada de la gente que pasaba de vez en cuando; tenía en la mano su gorra azul puntiaguda y devez en cuando se despeinaba. Sí, ahora quería quedarse solo en su casa; había sido un terratenientedecente; ¡el interés de unos pocos ahorros de capital y las ganancias de su pequeña clientela restante serían suficientes para él!

Empezó a calcular, una y otra vez, pero la conclusión seguía siendo la misma. Su cabeza se sentía caliente; había pensado que era un poco más después de todo; y si quisiera guardar algo detrás de su mano por necesidad y enfermedad?. . .

Luego cayó como un rayo en la cámara oscura de su cabeza, tenía una casa completamente vacía; ¿Por qué todavía necesitaba la sala de estar y la cámara que se encontraba detrás de ella? Un inquilino, un anciano tranquilo, eso es todo; ¡entonces habría tenido suficiente! Él mismo se mudaría a la habitación a dos aguas de su Fritz; ¡Solo tendría que poner una pequeña estufa allí, entonces podría hacer su propio almuerzo!

Una especie de satisfacción turbia se apoderó del maestro Daniel, y ahora también escuchó eso en la otra ventana aflautaba el camachuelo:

Practique siempre la lealtad y la honestidad,

hasta el tuyo

"¡Fiu!", dijo el pájaro, y el anciano asintió. Sí, Fritz le había enseñado hasta ahí; y ahora la bestia comenzó su juego de nuevo. Cuando Daniel volvió a mirar a través de la ventana, frente a la cual las rosas y los geranios habían dejado de crecer hacía mucho tiempo, vio afuera un capullo de rosa, una niña de ocho o nueve años con una cara amable y un par de ojos azules con los que ella, escuchando con devoción, buscó el

pájaro miró hacia arriba; porque estaba parada cerca de la ventana con un niño mayor. Pero el chico entrecerró los ojos y se veía malo y feo, y parecía estar contando las canicas en su bolsillo. Entonces la niña sacó su pequeña mano roja del manguito y, atrayéndolo hacia ella, señaló la jaula con el dedo. Pero el maestro Daniel, a quien los niños no parecieron notar, casi se sobresaltó; porque como un gato que se abalanza sobre su presa, el niño se levantó con un grito, como si quisiera apoderarse del hermoso pájaro. Involuntariamente, el maestro golpeó los cristales y sacudió el puño; luego el niño le hizo una mueca traviesa y salió corriendo; pero la moza rubia se quedó como si no pudiera moverse del lugar por el miedo.

Una sonrisa cruzó el rostro del buen maestro, e hizo señas al niño para que se acercara a él; pero como ella no movió un pie, fue hacia ella en la calle. "¡Entra en la habitación conmigo!" dijo, tomándola de la mano; "¡Puedes mirar al pájaro en el calor!"

Cuando estuvieron adentro, tomó el peón de la pared y lo colocó frente a ella. Mesa; pero el camachuelo solo afilo su pico y los vio con sus ojos negrosun.

Ella respiró hondo. "¿Qué clase de pájaro es ese?", preguntó en voz baja.

"¡Es un camachuelo!", respondió el maestro.

¿Un camachuelo?, y se llevó el dedo índice a los labios largo rato. "¿Está encantado?"

"¿Entonces que? ¿Encantado?", preguntó el anciano, y ella asintió con sus grandes ojos.

"¿Por qué encantada?", preguntó de nuevo.

"¡Toca la flauta como un niño!"

"Un momento", dijo el maestro, a quien esta pregunta le llegó como de otro mundo; "¡No así no! Sólo dicen que es un pájaro tonto; pero, niño, es muy listo, y por eso sabe tocar el silbato.

"¿Por eso?", repitió el niño; y ambos se sumergieron ahora en profundas cavilaciones sobre estemaravilloso caso. -Dime -dijo el maestro Daniel después de haber mirado un rato la delicada carita-, ¿no eres tú la pequeña Magdalena de la que me hablaba muchas veces mi Fritz?

Ella lo miró inquisitivamente. "Somos de los colaboradores", dijo; "pero nuestro padre murió, y también mi madre".

"Si si lo se; ¡Pobres niños!», dijo, y con su mano dura acarició suavemente los cabellos rubios dorados de su carita, que se había retorcido en lágrimas con las últimas palabras. "¿Era tu hermano el que tenías contigo?"

Ella asintió. "¡Estamos los dos con nuestra abuela, pero ella no puede levantarse de su sillón!"

"No es bueno para tu hermano", dijo el maestro, un poco severo. "¿Cómo se llama?"

»Tiberio.«

"¿Para qué?", preguntó, y el niño repitió la palabra.

El anciano negó con la cabeza. '¿Es ese un nombre cristiano? ¿Nuestro pastor lo bautizó así?

"No sé", dijo el pequeño, medio sin pensar; porque el camachuelo de repente comenzó de nuevo su melodía, y ella no tenía ojos ni oídos para nada más. Cuando terminó, ella volvió sus ojos brillantes hacia el Maestro. "Tengo que irme a casa ahora", dijo en voz baja; "¡Muchas gracias!"

Él tomó sus dos manos y la miró con ternura: "¿Te gustaría volver alguna vez?"

Y después de pensarlo un poco, asintió tan significativamente como si fuera un juramento. Luego la llevó a la puerta principal y la vio caminar lentamente por la calle. Cuando volvió a su habitación después, le pareció que se había apagado una lucecita. Pero el camachuelo reanudó su melodía. "¡Fritz! ¡Min Fritz! —gritó el anciano y se apoyó temblando en el marco de la puerta.

Cuando llegó mayo, la inquilina ya estaba sentada abajo en la sala de estar, una mujer delicada de unos cincuenta años. Su nombre era Riekchen Therebinte, y vivía de una pequeña suma de los intereses de la herencia y un pequeño salario anual, que había ganado como camarera durante veinte años con el terrateniente de un conde; cuando había bailes u otras festividades en la ciudad, todavía trabajaba como camarera para las hijas de los funcionarios o ciudadanos nobles, y así tenía un buen ingreso extra. Era pequeña y delgada, y cuando bajaba unos escalones de una puerta era como un pájaro saltando; «Es un pequeño esqueleto saltador», había dicho una vez de ella una niña traviesa. Tenía solo una nariz pequeña y respingona, pero una frente ancha sobre ella, por lo que cuando se elogiaba la belleza de una joven ante ella, rara vez, aunque algo tímidamente, se abstenía de comentar: "¡Sí, bonita, muy bonita! Pero la frente, ¿no es eso un poco insignificante?"

Entonces solían reírse de ella, y ella misma también se reía, porque no había envidia ni malicia detrás; solo quería recordar un poco de su belleza. Solía mirar la frente baja de su inquilina con lástima genuina y nunca se lo decía a los demás.

El camachuelo colgaba de la ventana de la habitación a dos aguas, y él estaba de pie en la esquina
horno en el que el Maestro Daniel cocinó sus papas y su pieza de carne dominguera;

había establecido su casa solitaria. Cuando había trabajado sus pocas horas de la mañana en el taller del tonelero o excavado en su jardín, que luego plantó casi por completo con papas, se sentaba a una mesa con el brazo apoyado y leía la crónica Lass de su ciudad natal o la historia de la iglesia y la escuela del bicentenario urbano del viejo pastor primarius Melchior Krafft. Los viejos volúmenes de cuero aún pertenecían a la propiedad de su padre, pero habían estado en el ataúd con sus libros de contabilidad durante mucho tiempo; Ahora lo miraban, como en sus viejos tiempos, y cuando leía cómo los pastores de Oriente y Occidente, de Pomerania y Sajonia venían a nuestra ciudad y cómo sus vidas se reflejan aquí en unas páginas de un libro el otro tipo, luego miró hacia arriba, probablemente medio confundido, y se preguntó cómo él y el camachuelo seguían vivos.

Cuando llegaba el domingo, siempre se ponía una camisa recién blanqueada; luego pensó en su limpia ama de casa. "¡Line Line Basch!", dijo, asintiendo con su cabeza gris. "¡Puedes verlo!" Y mientras se vestía lentamente con su ropa de domingo, sintió como si todavía lo estuviera haciendo bajo los ojos de ella como lo había hecho una vez.

Luego fue a la iglesia para escuchar la palabra de Dios del anciano preboste con quien se había sentado en la escuela cuando era niño en Quarta; después de la iglesia volvió y pasó por delante de su casa a través del cementerio hasta el monasterio. Pero su hermana mayor se había vuelto aburrida. "¿Wat schrift Fritz?", era siempre su primera pregunta, a la que él rara vez tenía algo que responder; luego preguntó más: "¿Qué dijo entonces el viejo preboste?" Él le informó el contenido del sermón, hasta donde lo recordaba; pero cuando terminó con eso, la cabeza de la casi nonagenaria había caído hacía mucho tiempo sobre su pecho, y su alma flotaba en el crepúsculo, al que sigue la noche. Se sentó un rato más y miró las manos de la hermana mayor que lo había ayudado desde su infancia; y cuando la durmiente no se movió más, él asintió en silencio y salió y lentamente hacia su casa.

Esos fueron los dos únicos cursos que Daniel Basch hizo con su ropa de domingo.

En su jardín, los arbustos de patata se fueron haciendo más altos y pronto formaron una zona uniformemente verde, de la que sólo sobresalía el gran peral, proyectando sus amplias sombras a su alrededor bajo el sol del mediodía. A esta hora, pero también a última hora de la tarde, cuando el cielo ya empezaba a teñirse de rojo, los vecinos veían a menudo al anciano maestro sentado sobre la valla de sus jardines en el banco que aún rodeaba el árbol, con la espalda ligeramente encorvada. apoyado contra el tronco, con las manos

cruzadas frente a él sobre las rodillas, como quien ha terminado su jornada laboral; y cuando en junio los arbustos se cubrían con las delicadas flores azules y blancas, se sentaba como en un mar de flores.

Además, un lugar cerca del pie del árbol no se había movido al campo de papas; Los macizos de flores de Fritz habían estado aquí, y la primavera pasada el Maestro Daniel había sacado todas las malas hierbas y había plantado amapolas rojas en su lugar.

Probablemente no sabía que esta era la flor del olvido; ella era todo lo contrario para él, porque Fritz y su madre una vez la habían querido mucho. Y cuando más tarde los arbustos de patata con las manzanas verde claro y ya con hojas oscuras se pararon, se abrieron

junto a ellos, las amapolas brotaban y mecían las flores rojas brillantes en la bochornosa brisa de verano.

El anciano sentado en el banco a su lado no parecía encajar con este esplendor de verano: su barba parecía no haber sido afeitada en una semana, y sus ojos hundidos, azul claro, parecían mirar el mundo, y vida. Había leído la carta que tenía en la mano quizá por décima vez: era de Fritz; Fritz se había ido a California.

La fiebre del oro estaba lejos de terminar por el momento; atrajo a muchos más a las minas ya algunos a la muerte; Para muchos los gérmenes de su naturaleza a la embriaguez, el juego y el robo, que de otro modo podrían haber dormido para siempre, irrumpieron en plantas de usura y los asfixiaron. Por supuesto, Fritz no había ido allí como un minero aventurero, sino como un tonelero contratado para un matadero de exportación local con un camarada de Hamburgo, pero la palabra "California" todavía sonaba a oro y aventura, y sonaba por primera vez de frente, de sus oídos, ya que leyó en esa carta la intención de su Padre de leer su inminente empobrecimiento. Tenía su trabajo fijo; pero si se presenta la oportunidad, ¿por qué no debería saltar él también y traer a casa una vejez sin preocupaciones para su padre?

El maestro Daniel no suspiró; simplemente agachó la cabeza y se frotó la barba sin afeitarse con la mano; pero no vio las flores rojas ondeando junto a él y no escuchó el cantodeo Iritsch sobre él desde las hojas del árbol, ni siquiera el paso ligero que ahora venía del camino que conducía más allá del camino del jardín de abajo. No levantó la vista hasta que una pequeña mano se posó sobre la suya. "¡Magdalena, niña, eres tú!", dijo.

Ella asintió. "¡Solo quería volver a escuchar al pájaro!" Pero ella lo miró, casi sorprendida.

"Sí, sí", dijo como para sí mismo. , "El camachuelo todavía está allí." Entonces se fue con ellos.
la chica a casa.

Ya era finales de noviembre. El maestro Daniel estaba sentado en su cuarto abuhardillado por la tarde y había hecho un fuego acogedor en la estufa, hasta olía a café, que bien podría estar ahí; Hoy todavía quería ver a su vecino el barbero, porque su barba había vuelto a crecer demasiado, y luego quería ir a casa de su hermana en el corral: ella ciertamente no debía dormir hoy, porque la primera carta de California ha llegado. "Ganar dinero no es un arte aquí", escribió Fritz; "pero tienes que sujetarlo con fuerza si no quieres que vuelva a correr entre los dedos como arena; dos años, pues, padre, llamo a tu puerta; ¡entonces volveremos a trabajar juntos!".

El camachuelo saltaba alegremente en su madriguera; Una sonrisa feliz cruzó el rostro del anciano y estaba a punto de sacar su café del horno cuando escuchó que alguien saltaba las escaleras afuera, un dedo puntiagudo golpeó la puerta del dormitorio, y cuando se abrió, Mamsell Riekchen Therebinte apareció en el Umbral. "¡Oh, Mamsellchen!", exclamó el anciano.

Y Riekchen hizo una reverencia; ella tenía su peine de carey de la Condesaenchufado y puesto guantes de filete. "¿Supongo que puedo felicitarte?", dijo.

- ¿Para qué?- preguntó el anciano con picardía.- ¿Quieres decir que aquí huele a cumpleaños?

¡Oh, señor Basch! Creo que dos compañeros de piso solitarios deberían compartir alegrías y tristezas, y esta mañana sí, sí, engañé al cartero, seguro que la alegría te ha vuelto; ¡Me gustaría pedir mi parte!

Él movió su dedo hacia ella. "¡Mujer! dijo con picardía. "Pero, créanme, Mamsellchen, ¡realmenteme gusta cuando ustedes, señoras, son un poco curiosas!" Suspiró, pero también sonrió. "¡También fue mi bendita Linchen!", le susurró al oído.

Y mientras Riekchen se pasaba tímidamente las manos por su importante frente, el Maestro Daniel corrió a una alacena y sacó tazas y cucharillas; luego sacó el café caliente del horno y se los sirvió a su compañero de casa. '¡Y aquí está el azúcar!', dijo, 'sírvasse usted misma, señora. Sí, sí, tienes razón, hoy es un día feliz; ¡Tengo noticias de mi Fritz!» Y sin tocar su café, tomó la carta abierta de la mesa, pero tuvo que reírse, se le había olvidado ponerse las gafas. Pero ahora lo hizo y empezó a leer la carta, mientras Mamsell Therebintchen se quitaba la taza de la boca y la volvía a poner en el plato con un dedo delicado.

Pero cuando llegó al punto en que Fritz le había dado solo dos años para volver a casa, la simpatía de repente pareció desvanecerse de los rostros de los que escuchaban con las manos juntas.

Se aclaró un poco la garganta y el Maestro Daniel la miró. "¿No estás bien?preguntó alegremente; "¡Tus pequeños ojos de repente se ven tan tristes!"

Y Mamsell Riekchen lo miró casi suplicante. "¡Ay, querido amo", susurró, "entonces tendré quedear mi cuartito y tu casa!" Y suspiró de modo que se hizo un gran silencio en la habitación.

El maestro Daniel casi se sorprendió, no había mirado el caso de esa manera; pero se compuso, todavía quedaba el pequeño dormitorio del oficial; él tomó su mano: 'No, no, querido Mamsellchen, Fritz no te expulsará; es un chico humilde, buen hijo de su querida

madre! también disfrutarás de él; entonces volverá a haber ruido y alegría aquí en la casa, y en el jardín crecerán guisantes, habichuelas y flores; ¡También cultiva trigo turco como solía ser en la época de su madre!"

Entonces la criada volvió a sonreír, y bebieron su café y leyeron la carta hasta el final; y cuando la anciana se despidió, pidió y recibió permiso para sembrar dos camas de hierbas de sopa en el jardín para uso común la próxima primavera.

El señor Daniel, sin embargo, cruzó en diagonal al barbero, luego, bien afeitado, a la pluma de suhermana mayor, y Salomé se quedó despierta y alerta mientras él le leía la carta y mucho tiempo después; ella se sentó en su sillón y él cerca de ella, y las manos de los hermanos mayores descansaban juntas en silenciosa alegría; sólo de vez en cuando decía: "¡De Jung! De Jung! ¡Él puede hacer algo, y eso en Estados Unidos!".

Cuando Daniel llegó a casa por la noche, decidió seguir silbando la melodía del camachuelo. ¡Qué debería sorprenderse Fritz cuando después de dos años lo escuchó cantar así!

Ese fue un día feliz en la vida del Maestro Daniel; pero no se repitió, llegó el invierno, pero ninguna carta de Fritz, y cuanto más avanzaba en el tiempo, más débil se hacía el brillo de esa llama de alegría, y más oscuro se volvía alrededor del viejo maestro solitario.

Unos años más tarde, cuando los azafranes florecían en el jardín del castillo, una simple procesión fúnebre salió de las puertas de St.-Jürgen-Stift: una corona de primulas y árboles de hoja perenne yacía sobre el ataúd, un anciano caminaba primero detrás él; caminaba algo torpemente, y una tristeza inquieta se retorció en su rostro con sus cejas blancas como la nieve. Probablemente no se trataba de la mujer muerta, a quien acompañó en su último viaje, porque ella había alcanzado su objetivo final en la vida en una conciencia que se desvanecía gradualmente; pero el anciano tenía un hijo al otro lado del mar, su único hijo, y no supo de él durante mucho tiempo; pero la muerta fue la última en preguntar por él en sueños.

El anciano era Daniel Basch enterrando a su hermana Salomé; su inquilino, el buen Riekchen, había atado la pequeña corona. «Es el derecho de nuestra solterona», había dicho; "¡No bailes sin una corona!"

La procesión avanzó paso a paso por la calle hasta el segundo cementerio en el extremo noroeste de la ciudad, donde se encontraba el terreno de la familia de Daniel. Cuando fue al pozo abierto allí, vio las tablas laterales de un ataúd podrido que sobresalían del suelo; su mano se retorció como si tuviera que agarrar algo; conocía el ataúd, era casi como un hallazgo horrible para él. Luego bajaron el ataúd nuevo y la tierra removida golpeó la tapa; Daniel asintió una vez más hacia el pozo, y mientras el anciano preboste rezaba el Padrenuestro, murmuró para sí mismo: "¡Hágase tu voluntad en el cielo y en la tierra!"

No fue hasta que se fue a casa aturdido que de repente se sintió abrumado por el dolor por su

hermana mayor, por lo que solo pudo contener un estallido de lágrimas; ahora estaba completamente desierto.

Cuando subió al hastial de su casa, se detuvo en medio de las escaleras: escuchó al pájaro silbaren la habitación. Por supuesto que había oído eso mil veces antes; pero hoy salió tan fresco, como un llamado de primavera del pecho pequeño; El maestro Daniel subió los últimos escalones, tarareando las palabras de la melodía como acompañamiento. Pero que fue eso? El maestro, desesperado por el éxito, había abandonado por completo sus lecciones en las últimas semanas; el siempre tenía

los estudiantes sólo se equivocaron; y ahora cantaba todo: lo que Fritz le había traído a la casa, lo que le había enseñado y lo que el propio maestro finalmente le había silbado. La alegría inesperada debió confundir la cabeza del anciano, porque se volvió de nuevo, se agarró a una barandilla con cada mano e inclinándose hacia adelante gritó en voz alta desde la casa: "¡Fritz! ¡Fritz! ¡Ahora fleut he ock de tweete Reeg!«

Luego, la puerta de la sala de estar de la planta baja se abrió rápidamente y Mamsell Riekchen estaba abierto.

saltó al pasillo. "¿OMS? ¿Qué ocurre, amo Daniel?», exclamó ansiosamente.

"¡El camachuelo! Det camachuelo!', bajó de las escaleras.

"¡Oh, tú y tu viejo Papa!", exclamó Mamsell Riekchen, volviendo a su habitación. '¡Qué raro!', se dijo a sí misma, y sacudió sus dos finos rizos; »¡Acaba de enterrar a su hermana y pide gritos a su viejo papa de la catedral!«

El anciano de allá arriba también había cambiado de opinión; el pájaro, sin embargo, había aprendido la lección; pero ¿dónde estaba el que había llamado?

Fue por esta época cuando el hijo de un bodeguero, "el americano", como lo llamaron más tarde cuando vagabundeaba por la ciudad, llegó a casa desde California. Era borracho y fanfarrón y usaba un puño rápido para apoyar sus discursos, de modo que la gente lo aguantaba cuando contaba sus historias en el bar del cochero y sacaba sus pepitas de oro del bolsillo. Con condes y gitanos, turcos y paganos, dijo una tarde, también lavó oro con Fritz Basch. Pero estaba en un matadero en San Francisco, dijo uno de los clientes habituales. El estadounidense se rió: "¡Se canibalizó a sí mismo! Las chozas se queman; los sabuesos tomaron las cajas”.

»¿Hounds era sind Hounds?«

"¡Perros! bribones! ¡Son ladrones!', gritó el americano. "¡No conoces nada de eso aquí! Otro vaso, rastrillo; sabe bien aquí contigo!”

La joven camarera se había detenido, con la mano en una jarra: "Dime, si quieres ser tan bueno, ¿qué hace Fritz Basch ahora? Estamos confirmados juntos.«

"¿Fritz Basch?", respondió el cazafortunas, mirando descaradamente alrededor de la mesa.

"Calcular,

¡Debe haberlo exorcizado!

"¡Qué dices! ¿Qué le pasa a Fritz Basch?», gritaban los invitados; porque el chico nuevo estaba en la memoria de todos.

El estadounidense primero bebió su vaso hasta la prueba de fuego.

"Tú no sabes esto", dijo de nuevo; "Fue en el Sur, en Oregón; una nueva tienda de oro! No lo sabes: corrían desde Asia, África, Europa; el

el polvo, la ciénaga, los bufidos y la rabia de hombres y bestias; gritaron en cien idiomas, peor que en la Torre de Babel: un irlandés enloqueció; un francés quiso gritar por encima de todo hasta que al final solo pudo silbar; ¡pero oro! ¡El oro era para todos! ¡Harke, otra copa!”, se interrumpió el narrador.

"¡Pero Fritz! ¿Qué hay de eso? gritaron los demás.

"¿Incluido? ¿Estaba allí? ¡Cavó y lavó para dos! Tenía una bolsa llena de oro, ya, que siempre llevaba atado en el bolsillo del pantalón".

"¿Por qué no vino aquí contigo? ¿Has tenido una pelea?

El estadounidense negó con la cabeza: "¿Pelea? pelea suficiente; pero no entre nosotros. En las minas, en las carpas por las tardes, casi jugamos toda la noche; Probablemente hayas oído hablar de la economía. Pero Fritz no quiso, y cuando intentarontirar de él dijo: '¡Toca! yo no participo; debo llevar a mi padre a casa una almohada suave para su vieja cabeza; ¡No tengáis oro para vuestras cartas!» Pero descubrieron que sus bolsillos estaban llenos; Así es como nos metimos en una discusión, y una noche, no sabes, los cuchillos se afilaron y uno de ellos lo clavó entre los hombros por la espalda”.

La moza rubia dejó escapar un gemido. "¡Pobre viejo Daniel!", gritó otro; "él no fue para muerte?"

"Tampoco de por vida", dijo el americano; "No lo vi después de eso, y a menos que su cuerpo esté en el camino de un nuevo reclamo, ¡los buitres y las ratas lo habrán enterrado!"

Unos días más tarde, el narrador también estaba sentado con el anciano maestro Daniel en el banco debajo de la ventana de Mamsell Riekchen, y las personas que caminaban allí o se sentaban frente a sus puertas podían escucharlo hablar calle abajo y calle arriba. «¡Pues adiós, amo!», dijo por fin, se puso el sombrero en la cabeza y siguió caminando indiferente con las manos en los bolsillos del pantalón.

El anciano lo miró fijamente durante mucho tiempo; cuando trató de levantarse, se tambaleó hacia atrás en el banco; lo intentó de nuevo, y ahora funcionó: con las manos en la pared, avanzó a tientas por el pasillo y subió las escaleras; cuando entró en la cámara, cerró la puerta detrás de él. Quien pasaba por la calle veía el sol brillar sobre el tilo rapado en la ventana abierta y escuchaba al camachuelo silbar su conocida canción.

Después de algunas semanas, sin embargo, se decía aquí y allá que el viejo Daniel Basch se había convertido en algo extraño; el americano también le contó la obra sobre su hijo, y la pena se le subió a la cabeza. También se habló en mi casa; como su madre había estado al servicio leal de mi abuela durante mucho tiempo, estábamos entre sus clientes restantes. Según su declaración, las órdenes de mi esposa hasta ahora se han llevado a cabo

con prontitud y limpieza; Hace un momento habíamos esperado mucho tiempo por una tina de baño para nuestro hijo enfermo. "Solo vamos

ver al anciano ella misma', me dijo un día; »¡Tu paseo te lleva muchas veces por allí!«

Pensando en ello, a la tarde siguiente me acerqué a su casa y vi una escalera apoyada contra la puerta principal; pero el que estaba sobre él estaba escondido de mí por las hojas del tilo. Cuando me acerqué, reconocí a nuestro viejo maestro yo mismo; tenía un cincel en una mano y un martillo en la otra y estaba ocupado quitando la argamasa que habían pintado en la pieza de la puerta años atrás, y ya la calavera de la Muerte asomabanuevamente entre el polvo inmundo.

Cuando el anciano me reconoció después de mi saludo, que le grité, se apresuró a bajar de su escalera y me condujo a través del estrecho pasillo hacia el taller. "¡Está terminado, completamente terminado, Herr Landvogt!", dijo y me miró con ojos espantosamente vacíos; ¡Para que tu buena esposa no se enfade conmigo! Me olvidé; ¡Simplemente me olvidé de las últimas semanas!" Se acercó a un rincón y me mostró la tina terminada. "¡Las últimas semanas!", repitió suavemente para sí mismo.

Tomé su mano y la sentí temblar en la mía. "Lo sé, Maestro", le dije; "Te han traído un gran sufrimiento".

Entonces escuché el silbido del camachuelo, que hasta ahora solo conocía de oídas; colgó en su peón, ahora aquí en el taller, dentro de una pequeña ventana del triforio; Una lila en flor asintió hacia él desde el patio.

La actuación de la pequeña artista me pareció tan hermosa, sí, que probablemente solo fue resultado de mi estado de ánimo tan lleno de sentimiento, que escuché en silencio. "¡Ahítienes un elegante compañero de casa!", dije.

El anciano bajó la cabeza blanca. "El último", murmuró; "y sólo un pajarito".

"¿El último? ¿Pensé que también había una solterona animada viviendo contigo?

El Maestro Daniel asintió, "Sí, sí, Señor; sólo que ella no conocía a los demás; "y miró con ternura al pájaro" ¡todavía es de mi Fritz!

Quería llamarlo, '¡No bajes la cabeza, amigo! ¡Quién sabe, un día Fritz entrará corriendo por la puerta y tu casa volverá a ser joven y alegre!« Porque yo no confiaba en el charlatán andrajoso que había traído la noticia al otro lado del mar; pero aun así se parecía demasiado a Fritz, y el final era como una página de un número de día allí; En silencio estreché la mano del anciano. —Mi esposa hará que le traigan la tina —dije—. "Que Dios lo consuele, maestro Daniel; el mundo es tan rico.«

Pero cuando eché un vistazo al hombre destrozado, que todavía estaba mirando la jaula de pájaros como si no tuviera nada más para él ahora, me sentí avergonzado de mi estúpida sabiduría y quise alejarme en silencio.

Pero me había alcanzado en la puerta principal; sostenía el gorro de la media en la mano."¡Perdóname! ¡Perdóneme, señor!", repitió varias veces con un sirviente torpe.

Estaba a unas pocas casas de distancia cuando escuché de nuevo el martillo del cincel que bajaba de la escalera; el anciano ya estaba trabajando de nuevo en su muerte.

Dijeron que el señor Daniel se había vuelto extraño, y tal vez lo era; el poco trabajo que aún tenía que hacer, por supuesto, aún le convenía; pero la nave, o lo que fuera que había estado en su cabeza en años anteriores, había descendido gradualmente a su puño, y todavía era aceptablemente utilizable. Además, había vuelto a guardar sus viejos libros en los cajones: ¿por qué iba a leer más de las cosas del mundo ahora que sus seres queridos no tenían parte en él? Ahora era diferente para él: cuando se acercaba el anochecer o cuando la luna brillaba desde sus alturas celestiales, Daniel salía de su casa por la Süderstraße, cruzaba la plaza del mercado y atravesaba el solitario pasillo del palacio, a través de los tilos, avenidas y por la marcha de la muerte hasta el atrio de la iglesia. No llevaba flores ni coronas; pero bajo el tilo que crecía sobre la tumba de Lina y Salomé había hecho construir un banquillo; allí se sentó y, mientras todavía se veía un destello de él, miró hacia el oeste, al mar, y pensó en la eternidad, que era lo único que se abría ante él.

Pero incluso cuando la oscuridad lo había rodeado por todas partes, se quedó allí de vez en cuando.

Como no abrió la puerta de su casa hasta pasadas las once de la noche, Mamsell Riekchen salió a recibirlo por la puerta de su habitación con una vela encendida; había estado leyendo *The Robbers* de Schiller durante tanto tiempo. "Dios mío, Herr Basch, ¿de dónde es usted? Creo que estás acostado encima de mí en tu cama; si no, ¿no habría leído tan tarde la espantosa historia!» De repente, se levantó de un salto y tomó una hoja blanca de una corona de flores que colgaba de su cabello. "¡Eso es del cementerio!", gritó. "¿Qué estás haciendo en el cementerio?"

El anciano asintió: "¡Sí, sí, Mamsellchen!", y un extraño brillo brotó de sus ojos; »Mi bendita madre también estuvo con nosotros hoy, en su camión de Kalmanken; pero tenía suciedad en su cabello blanco; solo mi Fritz, el viaje probablemente también fue demasiado largo », agregó en voz baja y como si se disculpaba.

-Herr Basch -exclamó Mamsell Riekchen y agitó su pañuelo hacia él a la defensiva-, ¡usted espantoso!

Venir; Iluminaré tu habitación con tu luz; ¡Prepararé rápidamente una tacita de té de manzanilla para que usted pueda distraerse!» Y el anciano se dejó encender y bebió pacientemente el té de manzanilla.

"¡Ángeles amables!", gritó Mamsell Riekchen, ya que ella estaba abajo en su habitación, "él está muy caprichoso; pero con una frente así, ¿qué más podríamos esperar?"

A partir de ese momento, Mamsell Therebinte guardó silencio sobre los asuntos domésticos del amo.

A la vista; "Porque", dijo, "la gente mala podría derribarlo en pleno día".

¡Robar fuera de casa!» Pero el jardín también estaba sujeto a su cuidado, y ella se aseguraba asiduamente de que el gato o las gallinas del vecino no se sintieran cómodos en los lechos de hierbas para sopa que había plantado recientemente y que House había visto trepar; pero tan pronto como la vio, se alejó a toda prisa por los jardines vecinos, de modo que todo lo que ella podía ver desde su cabeza era una maraña de cabello rubio pálido. Una tarde, cuando salía de la casa hacia el jardín con Magdalena, se levantó de repente, como asustada.

"¿Qué pasa, Lenchen?", preguntó Mamsell Therebinte.

"¿I? Nada", dijo Lenchen; pero se oyó un traqueteo entre los arbustos de abajo, y sus ojos miraban ansiosamente en esa dirección.

"¿Estaba allí ese chico del que te hablé?", Preguntó Riekchen.

"No, no lo se."

"¡Hmm, hm!", dijo Mamsellchen, y ese fue el final de la conversación; pero Lenchen tenía que irse a casa y parecía feliz de alejarse de la anciana.

Unos días más tarde, el niño había vuelto a ser visible, y esta vez había vuelto todo su rostro hacia Mamsell Riekchen; pero ella no lo reconoció; entrecerraba los ojos, tenía una nariz corta y gruesa. "Uf", dijo ella; "¡un chico malo! ¿Qué es lo que quiere? ¿Robar? ¡Por supuesto, así es como se ven los sinvergüenzas!"

Al principio quería ir al taller del capataz; pero no, no podíamos hablar con él ahora. Todavía se estremeció un poco; luego volvió a entrar en la casa, pero al entrar aseguró la puerta trasera con un gancho y una llave, y se sentó pensativa sobre su calcetín apretado en su pequeña habitación. Eso era seguro, y ella asintió con la cabeza en afirmación, toda la responsabilidad era suya ahora.

En agosto, que hacía mucho calor en esa época, hubo una gran fiesta en nuestro pueblo; Nosé si estaba el rey o qué más; pero por la noche iba a haber un baile en el ayuntamiento, y desde mediodía el pequeño Riek Therebinte había estado en esta casa, ahora en aquella, para ayudar a las hijas del notable con su estado. El maestro Daniel había pasado la tarde restaurando un pequeño balde; ya estaba viejo y se estaba cayendo a pedazos, porque el maestro lo había hecho una vez para su Fritz; ahora quería dárselo a Lenchen la próxima vez que viniera a visitarlo. Lo había calentado y tenía que seguir limpiándose de la cara los diminutos "gatos" que ahora se estaban convirtiendo en verdaderos estorbos. Pero poco a poco los animalitos

desaparecieron; Llegó el anochecer y una luz amarilla del atardecer caía oblicuamente desde el oeste sobre las paredes encaladas del taller. El maestro dejó que el trabajo se le escapara de las manos; se sentó en el banco de talla y miró a su pájaro, que colgaba de la ventana superior y se había hinchado torpemente. "¡Papá! ¡Mi papá!", exclamó el anciano con ternura; pero el pájaro no se movió: así que se levantó, empujó apresuradamente una silla hacia la ventana y trepó.

Bajo el techo de madera, cerca del cual colgaba el granjero, había un resplandor de muerte. El anciano empujó la ventana superior con mano temblorosa y la enganchó; luego volvió a mirar ansiosamente a su pájaro. "¡No te enfermes, Papchen!", le susurró. "¡Fritz está muerto y Daniel es un anciano!" Tocó el vaso del pájaro; estaba caliente como una olla de sopa. Rápidamente se bajó de la silla, trotó con el vaso hasta el pozo del patio y lollenó de agua fresca, que sacó de lo más hondo. Cuando regresó al taller y colgó el vaso en el aro de alambre frente al granjero, se quedó de pie durante mucho tiempo con las manos detrás de la espalda y miró fijamente a su pájaro, que se destacaba claramente contra el resplandor de la tarde afuera. . "¡Bebe ahora, Papchen, bebe!", se dijo casi para sí mismo. 'No debería volver a pasar; la vieja cabeza flaca! Debemos soportar juntos; ¡así que bebe ahora, mi papá!"

Y en efecto, el pájaro abrió las alas y levantó la cabeza, como si despertara; y Daniel, para su alivio, lo vio saltar hacia el vaso y sorber el manantial claro en tragos sedientos.

El crepúsculo caía más y más; el maestro se ató el delantal, se puso la chaqueta y se preparó para su paseo vespertino hacia el cementerio. Justo cuando estaba a punto de salir de la casa, pensó en la puerta del patio; volvió corriendo y la aseguró con gancho y llave, porque sabía que Mamsell Therebinte estaba haciendo su trabajo de camarera en la ciudad ese día; luego cerró también la puerta principal y bajó por la calle a través de la noche inusualmente oscura hacia su muerte.

Se quedó en el patio de la iglesia por mucho tiempo porque hoy estaba celebrando el cumpleaños de su línea. Los que habían estado allí además de él habían sido conducidos a casa por la tormenta que se acercaba y se levantaba sobre el mar hacia el oeste. Se sentó solo en la oscuridad en el banquito y pensó bien cómo años atrás se había sentado de la mano de ella, que ahora se descomponía debajo de él, bajo el peral del jardín, que en ese momento estaba tan bien cuidado. Los truenos que habían murmurado durante mucho tiempo se hicieron más fuertes; de vez en cuando, un súbito relámpago sacaba de la oscuridad las cruces y urnas que lo rodeaban y las convertía en una luz azul amarillenta, y un crujido atravesaba las cenizas del cementerio. Cuando un golpe en auge retumbó frente a él, se levantó involuntariamente. Permaneció un rato más e inclinó la oreja hacia el túmulo funerario; pero los muertos dormían bastante profundamente; luego emprendió el largo viaje a su hogar. Mientras caminaba desde Norderstrasse a través del cementerio del monasterio, un relámpago le mostró por un momento los dos frontones irregulares y la pared lateral del largo edificio del monasterio y la ventana interior, detrás de la cual se había sentado a menudo con su hermana Salomé; ya no había allí nadie que le perteneciera, y empezó a caminar al trotecito; se apoderó de él un súbito anhelo por su desolada morada; también tuvo que cerrar la ventana abierta del taller para que la lluvia, que ya caía en grandes gotas, no golpeara la jaula del pájaro y su camachuelo de lado.

Mamsell Riekchen ya estaba acostada detrás de las cortinas floreadas de su lecho virgen cuando el maestro entró en su casa y ella lo escuchó entrar apresuradamente al taller. "Gracias a los queridos ángeles", dijo, estirando su figurita cómodamente debajo de la colcha, "¡que tenemos al anciano en casa!" Porque afuera la tormenta caía a cántaros como en

Vierta contra las ventanas. "¡Ahora está a punto de subir las escaleras, y entonces habrá paz en la casa!"

Pero tomó un tiempo; luego escuchó desde el taller un golpeteo de tablones y duelas, que estaban allí contra las paredes en gran número, como si alguien buscara apresuradamente para tirarlo todo patas arriba; en el medio, la lluvia golpeaba la calle desde los techos y las canaletas del exterior. Se había sentado en su cama y presionado sus rizos envueltos en sus sienes; porque ella no dormiría hasta que su antiguo inquilino se hubiera ido a dormir. "¡Gracias a Dios mil veces!", dijo cuando finalmente lo escuchó salir del taller hacia el pasillo. Pero que fue eso? No fue por las escaleras; la puerta del patio estaba abierta y sin llave; salió en todo el tiempo!

Se sentó un rato más; pero la lluvia ahora caía tan uniformemente, tan arrulladoramente; Mamsell Riekchen se había desplomado hacia atrás; su respiración anunciaba claramente un sueño profundo.

Sólo el vecino tísico Schneider, cuyo dormitorio daba al jardín, acababa de apagar la luz antes de acostarse y seguía despierto con su mujer: hacía sólo media hora que había clavado la aguja en la almohada.

"¡No tosas así, Jan Peters!", dijo el fornido esposo acostado a su lado debajo de las sábanas.

"Sí, sí, Trine, yo tampoco lo haría con tus pulmones. ¡Solo escucha la lluvia golpeando!"

En ese momento ambos escucharon el chasquido de la puerta trasera de la casa del tonelero y unos pasos familiares trotaban por el pasillo hacia el jardín. "¡Por la misericordia de Cristo!", exclamó la mujer; "¡Creo que el viejo Basch quiere dar un paseo!"

—Déjalo en paz —dijo el sastre, y volvió a toser.

"¡No no! ¿Qué significa eso?" Y la mujer saltó de la cama con ambos pies y se paró en la ventana para penetrar la oscuridad exterior con sus ojos redondos. "Creo", dijo, "que está caminando por ahí con sus papas, ¡que ya deberían estar en el sótano! ¿Qué quiere en las patatas?"

El hombre en la cama no respondió; pero en el mismo momento unas pocas palabras les llegaron a través del rugido del tiempo desde abajo desde el jardín vecino.

“¡Papá, papá bueno!”, lo escuchaban llamar con zalamerías; pero luego, después de que la lluvia, que caía con más fuerza, hubo sofocado todo sonido por un rato, resonó un grito de lamento, demodo que el cansado sastre saltó de sus almohadas.

“¡Silencio!” gritó la mujer, presionando su cabeza aún más fuerte contra el vidrio.

"¡Trígono!", comenzó de nuevo el hombre; ¡Ese era el viejo Basch! ¿Deberíamos ir a él también? ayuda viene? Si estuviera ahí afuera, me atraparía la muerte".

Ella no respondió por mucho tiempo; luego, después de unas pocas llamadas, todo quedó en silencio.

"Déjalo en paz", dijo ella; "Los locos pueden tomar más que tú; ¿Por qué quiere correr con su pájaro en el jardín por la noche?"

Con eso, se metió de nuevo bajo las sábanas; once golpeados desde la torre de la iglesia; y poco después los dos sastres también roncaban.

Pero al día siguiente corrió por todo el vecindario que el pájaro del viejo Basch había volado la noche anterior; ahora andaba con sus papas en una noche oscura y lluviosa y miraba debajo de cada arbusto; y fue divertido para todo el pueblo cuando, por la tarde, el mendigo deambulaba por las calles y, golpeando su llave en el gran cuenco de latón, exclamaba que el artero papa de la catedral de Bötjer Daniel Basch se había ido volando y que quien lo trajera sería recompensado. con un buen precio ser! "Ciertamente", gritaron los vecinos, riendo; 'eso fue ordenado por Mamsell Therebintchen; deja que le cueste una pieza de plata: ¡al final quiere casarse con el viejo!

Y tenían razón en que Mamsell Riekchen había hecho el llamamiento; pero el pájaro no volvió. "Sí, sí", se defendió el mendigo gordo cuando Riekchen lo confrontó al respecto cuando pagó su tarifa; 'si hubiera sido un gato, o incluso un conejo, no diría nada de eso; pero pájaros como esos con colas y alas, realmente no pueden ser llamados en absoluto.» Y mientras Mamsell Riekchen se perdía en complicadas reflexiones sobre esta respuesta inesperada, el pregonero, tosiendo cómodamente, salió por la puerta.

Una vez más se deslizó por la casa y el jardín con el anciano; pero sólo quedaba el Bauer vacío, que parecía abandonar todo el taller con su puerita abierta. Cuando, después de toda la búsqueda inútil, Riekchen quiso ayudar al anciano con las gotas Veronika de su condesa, sacudió lentamente su cabeza blanca: "Gracias, buen Mamsellchen; esto no es diferente; las alegrías terrenales se acabaron.» Entonces miró a través de la ventana el cielo azul como si estuviera buscando la puerta de entrada a la eternidad.

Los sorprendentes y rápidos hechos que ahora me toca relatar son probablemente los que nos permitieron conservar la memoria del hombre sencillo en el pequeño pueblo costero y me hicieron seguir las pequeñas huellas de su vida, algunas de las cuales dejaré constancia aquí. podría.

Era tarde de finales de septiembre, y el sol del atardecer era suave como el otoño sobre los techos de tejas marrones, cuando una tropa de unos veinte muchachos, en su mayoría adultos, se movió enérgicamente pero en solemne silencio desde la casa de nuestro amo por el camino que corre hacia el este aquí. hacia la ciudad lleva a cabo. Rara vez se susurraba una palabra; avanzaba a trote suave; no se oía nada más que el sonido de botas o troncos pisando uniformemente sobre el pavimento. Aquí y allá, alguien salía corriendo de las casas y se unía a la procesión, ansioso pero haciendo preguntas en secreto. "¿Qué está sucediendo?

¿Adónde quieres ir? - preguntó un hombrecillo gordo.

Y el que preguntó le susurró al oído: «¡Buten na 't Brutlock! ¡Quiere enfermos versupen!«

»¡Ah, Merienda! ¿Versupen? ¿Estaremos enfermos versupen?«

Y el otro señalaba al viejo maese Basch, que trotaba en medio de ellos en calzones y pantuflas, con delantal y gorro de punto azul, con el rostro pálido y los ojos vacíos.

"¡Maldición, sí!", dijo el chico nuevo. "Él siempre pateo liekut. ¿Por qué quiere enfermos versupen?"

"¡Así que cállate!" susurró el otro; "Ya no quiero vivir más".

»¿Quién hubiera dicho eso?«

"El duerme."

"¡Maldita sea, sí!", gritó de nuevo el chico nuevo; "¡Si no estuvieras con nosotros dos Swemmers!"

»De sünd all lang varut.«

Los dos "Swemmers" eran un par de muchachos mayores y fuertes, Hans Jochims y Harke Mommsen, los maestros nadadores entre los que se bañaban afuera en la esclusa; se habían

separado de la procesión y habían corrido adelante con todas sus fuerzas; porque hoy pensaban en aumentar su fama en una cantidad considerable.

La tropa, que se movía inquieta con el ruido de las pisadas y los golpes, había llegado finalmente al pueblo, donde en lugar de las casas a la izquierda se extiende el muro de piedra con los grandes arbustos de espino, y a la derecha los pastos pantanosos se extienden hasta el suelo. arroyo del puerto. Fue más rápido ahora; pronto estuvieron allí; ninguno de los muchachos había dirigido una palabra al viejo maestro, él tampoco a ellos; Nadie supo después cómo se supo que lo acompañaron en su marcha de la muerte; ni se les ocurrió que debían refrenar al confundido; incluso los nadadores que se habían adelantado solo pensaban en cómo querían lograr su heroica hazaña.

Se encontraron con personas mayores a las que podrían haber convocado para pedirles consejo y ayuda; pero a todas las preguntas que les hacían, respondían sólo con un mudo movimiento de cabeza o un irrespetuoso silencio inamovible; no querían ser molestados; fueron impulsados por el deseo innato en todos los seres humanos de experimentar lo último, lo horrible por sí mismos.

Y el anciano parecía tener prisa; corrió más y más rápido, como lo hizo una vez cuando salió trotando del taller a su línea en la cocina; él también quería ir a ella, no a su tumba; quería una puerta por la que poder salir del mundo; para ella, para Fritz, ¡simplemente ya no en el mundo vacío!

La procesión ahora giró a la derecha, por una amplia calzada; unos pocos cientos
Unos pasos más adelante, donde al final de ella pasaba un camino rural alto, estaba el
hoyo nupcial, una de esas aguas negras que según la leyenda

son insondables. Los ojos de los muchachos se volvieron más y más deslumbrantes cuanto más cerca veían el espejo brillando bajo el sol rojizo de la tarde; y muchos dedos se estiraron y señalaron dos montones de ropa que yacía en la ladera. "¡De los nadadores! ¡DeSwemmers!», se oyó un grito desde el tren. Pero cuando se acercaron aún más y pudieron ver el agua debajo de ellos de la presa con sus altos bordes de juncos, todo abajo quedó en blanco y quieto; estiraron y torcieron sus cuellos; pero nada se podía ver de los que habían corrido delante.

De repente, un grito desgarrador de horror resonó entre la multitud, porque mientras los muchachos miraban a sus compañeros en la superficie del agua, el maestro Daniel se había precipitado; vieron algo que no podían ver volar por el aire y, un momento después, romper el agua de abajo en olas.

El momento había terminado: se hizo el silencio; los muchachos se quedaron temblando en la orilla alta y comenzaron a pedir ayuda. Pero ella ya estaba allí, ya partir de ese momento el destino del Maestro Daniel cambió; las cosas estaban mejorando de nuevo, porque la juventud se había ocupado de él. Dos jóvenes desnudos y musculosos salieron nadando de los dos escondites de juncos opuestos con un fuerte movimiento de brazos, y cuando la figura del anciano reapareció de las profundidades, se lanzaron sobre ellos y lo levantaron con un hábil balanceo sobre sus hombros. "¡Hurra!", gritaban los muchachos que estaban parados en lo alto, y de nuevo "¡Hurra!" y cada vez más fuerte, cuanto más cerca sus dos "Swemmers", como dos jóvenes tritones, traían las bajas de regreso a su tierra natal con fuertes golpes.

Que el Maestro Daniel saltó a un hurra de los muchachos es una mentira que luego sedijeron personas malintencionadas. La juventud rara vez es mala, y el anciano con su hermoso pájaro nunca había sentido lástima por los niños. Pero medio centenar de brazos estaban listos para llevarlo desde la orilla hasta sus dos salvadores, que ahora caminaban orgullosos hacia sus ropas; Un par de niños corrieron a la cabaña del guardián que estaba cerca en el terraplén, y la mujer bondadosa, que estaba sola en casa, ya abrió la puerta principal, a través de la cual entró toda la tropa, con el maestro a quien llevaban. medio de ellos. "¡Sigue vivo! ¡Pero sigue vivo!», le gritaban a la mujer, y los rostros juveniles resplandecían de alegría en la vida y en el amor.

De repente, en medio de su multitud, vieron una figura flacucha de una mujer; llevaba un gorro de pastor en la cabecita y dos rizos largos y finos colgaban bajo su barbilla como serpientes asustadas. ¡Rickchen! ¡Mamsell Therebintchen!», gritó la multitud. Y ella fue;

ella había estado en la ciudad por negocios; ella había experimentado lo terrible a su regreso; había envuelto una gran pieza de ropa sucia en una hoja de papel y, casi inconsciente, la había seguido con este bulto, que ahora arrojó sobre la mesa a la que

había llegado a salvo. "Oh, todos mis queridos ángeles", pronunció, hundiéndose en una silla; "¿Dónde está él, muchachos, dónde han dejado al viejo maestro Daniel Basch?"

Pero los muchachos apretaron la cabeza contra ella y gritaron de nuevo: "¡Pero está vivo! ¡Está vivo, mamsell!

Entonces Riekchen Therebinte se levantó de su silla como un resorte de acero. "¿Está vivo?", gritó.

¡Sí, sí, está vivo! ¡Solo date la vuelta y podrás verlo por ti mismo!"

Pero Riekchen no se volvió; como si tuviera un miedo mortal, voló hacia su bulto, lo agarró y salió por la puerta en un momento. "¡Voy corriendo al médico! ¡al físico!", gritó ella a toda prisa; luego corrió como una gallina por el terraplén hacia la ciudad. Pero la buena esposa del alcaide vistió cuidadosamente a la víctima con la ropa interior de su marido.

Había, por supuesto, una razón para el comportamiento conspicuo de la pequeña doncella: así se dijo al día siguiente, ella había llevado en su fardo el sudario que él había hecho cuarenta años atrás, que el maestro le había dado el día anterior, rizado y amarillento, para que pudiera pasarlo por la ropa con su ropa de lino suelta. Estaba avergonzada de desempaquetarlo para vivir.

Pero cuando hubo salido la luna y profundas sombras cayeron sobre la calle de las casas de la ciudad, una canasta larga vino de afuera y fue traída a la casa del señor Daniel; sólo el Médico había ido al costado; Mamsell Riekchen ya había estado esperando el tren en la puerta de la calle.

El maestro Daniel había caído en una grave enfermedad; había estado inconsciente durante días; el buen Mamsell Riekchen y el viejo trabajador se sentaban junto a su cama alternativamente día y noche. El primer día, la condición del anciano pareció tener un efecto casi confuso en la pequeña dama. "¡Maestro! ¡Maestro Basch! ¡Recordar! Ella lo había llamado, saltando

ansiosamente y tirando de la manga de su camisa, pero no había pasado nada; entonces el viejomedico le había impuesto estricto reposo, y ella siempre fue obediente al médico.

Más o menos a esa hora regresaba por la noche de un viaje de negocios de tres días y me había bajado del coche en la parte superior de la calle Suederstrasse porque tenía que contarle a alguien que vivía allí el resultado de mi viaje. Cuando más tarde, cuando todos los artesanos ya habían terminado el trabajo, caminé por la calle hacia el pueblo, vi a mi flaco vecino Schneider parado en la puerta abierta de la casa del maestro Daniel, como si escuchara el interior con particular satisfacción.

—Ahora, amo —dije, deteniendo mi marcha—, ¿hay alguna buena noticia en la casa de nuestro pobre Daniel?

Se volvió hacia mí y tiró de su polvoriento cabello gris como a modo de saludo. "¡Por supuesto, por supuesto, Herr Landvogt!", dijo entonces; »Solo escucha lo rápido que es. Todavía está en el trabajo, pronto estará limpiando las sobras; ¡Sigue enviando nuevos trabajos! ¡Y el aparato, todo impecablemente limpio, todo americano! ¡Funciona como si lo hiciera por sí solo, especialmente cuando hay un tipo así detrás!«

El sastre tosió, como para confirmarlo, y se echó el jubón verde sobre el pecho plano. "¡Era un chico del tiempo!", exclamó; "¡Y verá, señor, un diablo de hombre, un tonelero de la fundación ha crecido allí!"

Lo miré, no entendí lo que decía; Sin embargo, escuché, no del taller, sino del patio en la parte de atrás, resonando débilmente, un ruido como si fuera un artesano trabajando con resolución.

"Sí", dijo el sastre; Se ha instalado en el establo de allí; el viejono debe ser molestado".

"Querido maestro", le dije, "¡espere un momento! ¿Quién es el hotshot que trabaja tan americano en el granero?"

Los ojos cansados del sastre se agrandaron, sus cejas se levantaron una pulgada y me miró de arriba abajo. "Estimado señor", dijo con indulgencia, "veo que acaba de regresar de su viaje, de lo contrario ya lo sabría: el niño Fritz Basch regresó de California anteayer, ¡y un tipo pequeño como un cíclope!"

Miré al hombre emocionado con asombro. 'Entonces,' dije, 'él está en el ¿Han apuñalado las minas?

"Sí, sí, querido señor, tenía el cuchillo justo entre los hombros; pero también tenía mejores amigos que Harefoot, el americano; lo arrastraron a su tienda, donde estuvo largo tiempo".

—Y su padre, el viejo Daniel —pregunté—, ¿no se puso bien de alegría en seguida?

Pero el sastre golpeó el aire con las manos levantadas y luego escribió unos ceros delante de su frente con el dedo: "¡Confundido! Sigo confundido; no sabe nada.

"¡Dios mejor!", dije, diciendo la vieja palabra como una oración; No quería pensar que el hijo solo había llegado a casa para ver morir a su padre por su culpa. "¡Dios mejor!", dije de nuevo.

El sastre asintió: "Sí, sí; pero el físico pensó que si el buen Dios quisiera ayudarlo solo un poco, probablemente saldría adelante".

El ruido del trabajo del patio, que había acompañado nuestra conversación, se apagó de repente; estaba oscureciendo. "Buenas noches, maestro", le dije; "Dios será misericordioso".

Lo que había dicho el sastre pronto fue confirmado por todos lados: Fritz Basch había vuelto realmente, había llegado de Hamburgo en un vehículo local; un tipo fornido, un poco más alto que su padre, con una pequeña barba castaña sobre sus labios desafiantes y un par de ojos como si quisieran derribar al pájaro en el aire; ¡las putas y los muchachos podrían cuidarse! Como en estado de embriaguez, había corrido por la casa y el jardín y, cuando lo hubo encontrado todo vacío, volvió a la casa; cuando Mamsell Riekchen vino hacia él desde las escaleras, él la siguió sin aliento hasta la habitación del alero; porque lo que le había pasado a su padre ya lo había sabido por un antiguo camarada en el camino del puerto a la casa de sus padres. Se había hundido en silencio en la cama del Maestro Daniel, durante horas había sostenido la mano honesta en la suya, la había acariciado y besado; durante horas había mirado el rostro de su padre como si rogara por siquiera un vistazo; pero el maestro le había llamado desde su noche por su hijo muerto.

El segundo día, el joven desempacó su caja, miró en el taller para ver si había algún trabajajependiente por hacer y luego se fue a trabajar afuera en el establo.

Así habían pasado unos días; había trabajado mientras brillaba el sol y se sentaba junto a la cama de su padre por la noche; Por la tarde se detuvo entre su trabajo en el establo, con el mazo en la mano ociosamente, y miró a través de la puerta abierta el cielo azul oscuro del otoño; estaba un poco cansado. De repente, entre el canto de los carboneros que se movían por el jardín, escuchó unos pasos ligeros que subían por el camino junto a la valla desde abajo. Dejó de escuchar; los pasos se hicieron más vacilantes a medida que se acercaban a la casa. Curioso, estaba a punto de salir al patio cuando una niña de unos trece años con suaves ojos azules se paró frente a la puerta abierta; llevaba en la mano un objeto cuadrado envuelto en un pañuelo de seda azul; pero ella lo miró con timidez, casi asustada.

"Acércate, pequeña señora", dijo, sonriendo.

"¿Es usted Herr Fritz Basch?", preguntó en voz baja, vacilante, poniendo un pie en el umbral.

Él asintió: "¡Han pasado veinte años!"

Ella lo miró dudosa de nuevo.

"¿Pero quién eres, pequeña bella?", preguntó de nuevo; "¿Tienes algo que pedir para mí?"

"¿No te acuerdas de mí?", dijo ella. "Soy la hija del difunto colaborador".

"¡Magdalena! ¡Magdalenita!«

La chica asintió. 'Sí', dijo, 'era bastante pequeña en ese entonces cuando los chicos grandes me hicieron una bola de nieve y me llamaron Colibrí; pero viniste en mi ayuda, lo que les dio piernas a los niños.

"Sé aún más, Lenchen", dijo pensativo, "una vez te levanté de un montón de nieve en el que tehabían arrojado, de modo que apenas se podía ver tu carita".

La chica bajó los ojos, pero volvió a asentir vigorosamente con su cabeza rubia.

Fritz tenía las manos entrelazadas a la espalda; un cálido rayo de sus jóvenes ojos marrones cayó sobre el niño. Luego le quitó al campesino el pañuelo de seda que estaba escondido debajo, y un camachuelo de pecho rojo revoloteó en él y emitió algunos de sus sonidos salvajes. "Oh, HerrFritz", exclamó la niña, "sé tan bueno hoy y escúchame, porque ese es el pájaro de tu padre".

"¿Nuestro? ¿Nuestro camachuelo? —gritó, y se le humedecieron los ojos. “Papi, mi Papi, ¿sigues vivo?” Pero de pronto otros pensamientos parecieron despertar en él. A esta ave la tuvo su padre hasta su muerte. . Se mordió el labio. "¿Cómo conseguiste ese pájaro?" gritó violentamente.

Entonces el niño asustado cayó de rodillas ante él. 'Quería traerlo de vuelta; I ¿Pensé que eso podría ayudar a curar al buen maestro!"

"¿Devolver? Entonces, ¿lo has tomado antes? ¿Sabes que mi padre quería correr hacia su muerte?"

Ella lo miró con ojos confundidos; ella asintió primero, luego sacudió la cabeza violentamente. "Acaba de salir hoy", tartamudeó al fin; "Así que le pregunté a la abuela si podía llevarlo allí, ¡lo había escondido en el granero!"

El terror que había infundido a la muchacha de repente pareció herir al joven; era una caritademasiado inocente la que lo miraba.

"¡Ven!", dijo, levantándola suavemente del suelo; No tienes por qué tener tanto miedo; No lo digo tanmal. Ahora dime quién se llevó el pájaro. ¿O alguien simplemente lo atrapó al aire libre?

Volvió a negar con la cabeza rubia. 'No', dijo con tristeza, 'mi hermanoTiberio apartó el pájaro de la ventana abierta.

él dijo; “entrecierra los ojos; Lo conozco bien."

«¡Oh, no le haga daño, Herr Fritz!», exclamó, y alzó las manos hacia él implorando; 'ya tiene su castigo; ¡La abuela se lo contó a sus maestros! ¡Y no le digas nada a Mamsell Riekchen, no le digas a nadie!

Él se puso de pie y la miró como si estuviera admirado; el rostro de la futura doncella lo había mirado de repente desde el rostro todavía medio infantil.

-Magdalena -dijo confundido-, ¡perdóname! Te lo agradezco; quiero hacer todo como tú quieras; el pájaro seguramente sanará al viejo Maestro Daniel; mamsell

Riekchen me dijo que te amaba mucho; ¡y vuelve, Magdalena!

Se quedó como si estuviera cubierta de carmesí, mirando en silencio al suelo.

Él también guardó silencio; luego abrió la boca.

"¿Querías decirme algo?", preguntó.

Pero ella negó con la cabeza y dijo solamente: "Si el maestro vuelve a su buen ¡Abre los ojos, puedes decírselo!"

Luego se fue. Cuando ya había oído el tintineo de la puerta del jardín por el camino, vio la tela de seda azul sobre un pequeño barril. Él lo tomó y estuvo a punto de correr tras ella con él; pero lo dejó de nuevo. "No", dijo, y una sonrisa estalló en la boca joven; "¡Ella debe ir a buscarlo ella misma!"

Entonces oyó el ave aleteando en su nido. "¡Vamos, Papchen!", gritó alegremente mientras caminaba hacia la puerta del patio con el granjero. "¡Es bueno con Huus! ¡Ahora veamos si puedes hacer algo más que el doctor!"

El pájaro había estado colgado en la habitación a dos aguas durante un día; Riekchen le había preguntado al joven bastante curioso, pero él le aseguró con una sonrisa traviesa que un ángel lo había traído. Todavía no había silbado y el maestro Daniel cayó de un sueño en otro.

Fritz había hecho un par de viajes por la ciudad; primero estuvo con el alcalde Lüders, quien gobernó en ese momento como un autócrata violento, pero también fue siempre un ayudante y consejero dispuesto para todos los residentes sanos; luego había acudido al decano de su oficio. Cuando, lleno de esperanza, volvía de su paseo, escuchó el batir inusualmente fuerte del camachuelo en la calle, como si el pájaro acabara de darse cuenta de que estaba en casa y con sus amigos. Fritz se sintió abrumado por la ansiedad de que el fuerte sonido pudiera molestar al enfermo y se apresuró a subir las escaleras. Mamsell Riekchen asomó la cabeza por la puerta de la cocina. "¡Está dormido!", dijo suavemente, señalando hacia arriba; pero Fritz solo asintió y trepó rápidamente para silenciar al pájaro.

Pero cuando abrió la puerta vio a su padre sentado en la cama con los brazos extendidos, como escuchando con atención; una expresión de gozosa satisfacción yacía en su rostro hundido. El pájaro no se había dejado molestar, su aleteo resonó con fuerza en la

cámara.

Fritz se acercó con cautela a los pies de la cama; entonces el maestro Daniel volteó la cabeza, y con horror el hijo vio sus ojos fijos, como si la enfermedad regresara con mayor violencia aún. Pero el miedo fue en vano; sólo un momento, luego se acabó; de mala gana, una sonrisa apareció en los labios pálidos, y los ojos del anciano se humedecieron. "¡Fritz! ¡Min Fritz!", salió temblando de su boca, y estiró los brazos contra su hijo y lo apretó contra su pecho. Y empujó de nuevo

lo apartó y miró el rostro masculino del joven y acarició la barba sobre su labio con mano temblorosa; luego miró de nuevo al camachuelo que golpeaba incesantemente. Pero la fuerza, todavía débil, se cansó; de repente pareció incapaz de encontrarse a sí mismo; su pájaro cantaba, su hijo yacía en sus brazos.

"Fritz, mi Fritz", preguntó en voz baja, "¿dónde estamos en realidad?"

Luego, las lágrimas reprimidas durante mucho tiempo del hijo cayeron: "¡A Huus! ¡A Huus, padre! NACIONES UNIDAS
ick bün bi di, un us' ol Vogel canta hasta la fecha.«

"¡Min Fritz, min Son, la madre es buena joven!", tartamudeó el anciano; luego cayó hacia atrás sobre sus almohadas, y su Señor Dios le envió el dulce sueño de la recuperación.

El domingo siguiente, uno pasó al otro un anuncio en el nuevo semanario, y los peritos coincidieron en que detrás estaba otra vez el alcalde; pero decía:

"Para mis distinguidos clientes, tengo la grata noticia de que, con el apoyo de mi hijo Fritz, que acaba de regresar a casa, como oficial tonelero capacitado y con mucha experiencia, los pedidos de todo tipo se están tramitando de nuevo con prontitud y limpieza para mí.

Daniel Basch, maestro tonelero.«

Entonces hubo bastante trabajo, pues toda la pequeña comunidad se había vuelto hacia ellos dos, y el vecino Schneider no escatimó su último suspiro para anunciar la fama del joven tonelero; y pronto todos querían al menos un baldecito o al menos una pala de la mano del hijo americano; y dado que el trabajo se entregó en todas partes según lo solicitado después de unas pocas semanas, también con la ayuda del maestro recuperado, muchos clientes ocasionales se convirtieron en clientes habituales.

No pasó mucho tiempo antes de que un aprendiz fuerte estuviera ocupado en el taller y, siguiendo las instrucciones dadas felizmente, con manos ágiles; ese era Hans Jochims, el mayor de los dos "Swemmers". Al final del día, Martín, el viejo oficial, también vino a visitarnos; también quería saber de las aventuras de Fritz; y cuando terminó el Año Nuevo y solo se habían marchitado las últimas gotas de nieve, Fritz salió al jardín con Hans y Martin por la noche; poco a poco cavaron todo arriba y abajo y plantaron guisantes y

sembraron raíces y nabos y perejil, y el maestro Daniel se quedó y se rió cuando finalmente llegó el turno del trigo turco. Y ahora que todo estaba listo y limpio, Mamsell Riekchen y el oficial fueron invitados a almorzar el domingo, y en la mejor cerveza bebieron por una rica cosecha para el futuro.

No debo olvidar una cosa más que sucedió entre padre e hijo a los pocos días de su primer reencuentro. Mamsell Therebinte, le dijo más tarde al físico, se sentó a tejer en la habitación a dos aguas junto a la ventana mientras Fritz relataba sus experiencias en California junto a la cama de su padre; el anciano, que estaba creciendo vigorosamente, ya estaba lo suficientemente fuerte como para poder escucharlos sin ninguna desventaja; estaba sentado con la espalda recta con los brazos sobre la manta. Pero cuando el hijo dijo que después de haber sido curado de esa herida de cuchillo, el oro que había desenterrado había desaparecido como el espectro del diablo, no lejos del

El mío encontró trabajo como tonelero en una gran vitivinícola, y cómo luego añadió: "Sí, eso lo sabes, padre mío; te acabo de escribir la carta larga"; entonces los ojos del anciano se abrieron de par en par, y al hijo le pareció que lo miraba interrogante.

'Sí, padre', dijo rápidamente, 'ahora lo sé con certeza, fue una estupidez perversa; Pero así te pones cuando estás en el extranjero: creo que no debo volver a escribir, solo ganar dinero y, si fuera suficiente, luego traerme a casa conmigo. Y eso fue poco a poco, padre, y tampoco fue demasiado; pero —y recurrió a su amado bajo alemán— ¡todo es dinero seguro y honradamente ganado!

El anciano se había recompuesto; apretó la mano de su hijo. "Tú y el dinero sobran", dijo, "es suficiente." Pero el tono de la voz era tan turbio, como si ocultara un dolor grande y secreto; y un pensamiento atravesó el cerebro del joven como un terror mortal. "Padre", llamó; se obligó a no gritar en voz alta: "¡No puedes conseguir el Breef!"

Los ojos de padre e hijo se encontraron por un momento, como si no se atrevieran mirarse. Finalmente, el anciano habló lentamente: "Desde que me preguntas, hijo mío, no puedo recibir tu carta".

"¿Y has oído todo el día de minix, como lo que los Dogenix, los estadounidenses, yacena aquí en la ciudad?"

"Nada de nuevo; me dijo la verdad.«

Un dolor terrible pareció sacudir el cuerpo joven. "¡Ay, padre! oh mío tartamudeó.

Pero el Maestro Daniel tomó la cabeza de su hijo entre sus dos manos temblorosas. "Mi Fritz", dijo con ternura, "lo siento, espera a que me pague, ¡ya no me dolerá!"

Luego, una mano joven y una vieja se juntaron, y no se necesitaron más palabras; La cabeza del joven reposaba con los ojos cerrados sobre la almohada contigua a la del anciano, sin importarle la figurita que tejía allí junto a la ventana con dedos excitados hasta que por fin su corazón empezó a latir más tranquilamente. Luego besó a su padre y bajó a su trabajo.

Después de años y días, cuando conocí al fisioterapeuta una tarde en el boliche, la conversación giró hacia el buen maestro Daniel. "Oh, está más feliz que nunca", dijo el anciano, mirando cómodamente la pelota que había lanzado, tan hábilmente como siempre.

»Lo que la gente llamaba extraño en él, su enfermedad se lo llevó; pero, por extraño que

parezca, ¡entonces una cosa más!

“¿Una cosa más?” pregunté; "¿No para peor?"

"No", dijo el médico; "Creo bien, para la salvación: el viejo Señor Dios debe ser bueno con él porque ha perdido todo recuerdo de la historia del agujero nupcial".

"¡Pero uno de los Swemmern es un aprendiz en su casa!"

»Solo el hijo sabe lo que tiene que agradecer por eso.«

Asentí: "¡Que siga así!"

"¡Amén!", dijo el viejo médico, alcanzando su segunda bala.

Una vez más, la primera vez después de su enfermedad y luego también por última vez, vi a nuestro maestro Daniel; Fritz se había convertido recientemente en campeón. Era finales de verano, después del trabajo, cuando yo, procedente del pueblo de al lado, caminé por Süderstrasse; En el banco frente a la casa del tonelero, el anciano se sentó con su cabeza ahora blanca como la nieve y, en el clima bochornoso que aún prevalecía, sostenía su gorra azul puntiaguda entre las manos cruzadas sobre las rodillas, junto a él una hermosa rubia, todavía bastante joven en un sombrero de verano; No tenía dudas de que ella era la Lenchen del colaborador. Los dos parecían estar escuchando un animado cuento que el maestro Fritz, apoyado en el tronco del tilo en delantal y mangas de camisa, les recitaba; especialmente la joven rubia, a juzgar por su elegante sonrisa, parecía escuchar nada más que palabras de oro. Los olores otoñales de la reseda ya flotaban desde los jardines a través de los pasillos entre las casas.

No pude evitar acercarme al pacífico trébol. Una breve pausa siguió a mi saludo, que también había enviado a Mamsell Therebinte, que estaba sentado detrás de la ventana; pero luego, habiendo obtenido un lugar entre el viejo maestro y la joven, yo también obtuve mi parte de las historias de pícaros californianos. Todos nos reímos; y mirando el rostro amistoso del anciano, dije: "Verdaderamente, Maestro, ahora es como lo había imaginado. Ahora lo tienes todo de nuevo y aún más de lo que una vez tuviste: aquí tu hijo, el nuevo amo, allá arriba tu camachuelo, que por supuesto ahora come su pan de misericordia sin ningún canto ni estruendo; además de Fraulein Therebinte y" Me puse de pie y le hice un cumplido a Magdalena "sobre todo aquí el joven amigo: ¡pero ahora pinte sobre la muerte en el letrero de su casa vieja y haga que le pinten una rosa roja fresca de nuevo!"

Pero mi alegre súplica fue seguida por un silencio; sólo el anciano, con la brisa de la tarde soplando a través de su cabello blanco, asintió amigablemente para sí mismo. "¡Paciencia por un rato!" dijo sin levantar la vista; 'Olvidaste uno; ella no va a volver; esperando que me acerque a ella. Después, mi Fritz puede tener la rosa fresca pintada; la

mía, querido señor, ya no es de este mundo.

Vi bien cómo la linda muchacha inclinó la cabeza, sonrojándose, ante estas palabras; también, qué mirada llena de ardiente confianza en la vida cayó sobre ella de los ojos del jovenmaestro. Pero el anciano se levantó de pronto como yo y, tras un silencioso saludo, volvió con paso tembloroso a su casa ya a oscuras, como si quisiera dejarle el mundo a los jóvenes.

Vivió alrededor de un año después de eso; En la mañana antes de la boda de Fritz y Magdalena lo encontraron suavemente dormido en su cama con las manos cruzadas.

Eso es lo que tenía que decir de estas paredes estrechas.